A. CHELEN ROJAS

RUMBO ARGENTINO

MANUEL SEOANE

BBFQ441

RUMBO ARGENTINO

Sondeos en el alma argentina

Una breve inspección política

BIBLIOTECA AMERICA
XI
SANTIAGO DE CHILE
1935

212659

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Mirando a Bolivia (1926). Edit. Buenos Aires. (Agotada).

La Garra Yanqui (1929). Edit. Claridad, Buenos Aires. (Agotada).

Nuestros fines (1930). Edit. Claridad, Buenos Aires. (Agotada).

Nuestros fines (1931). Edit. F. y E. Rossy, Lima (2.ª edición).

Páginas Polémicas (1932). Edit. La Tribuna. Lima.

Calumnias contra el Aprismo (1932). Edit. Crítica, Buenos Aires. (Agotada).

Calumnias contra el Aprismo (1933). Edit Huancayo. (2.ª edición).

Comunistas criollos. Edit. Indoamérica. Santiago. 1933. (Agotada).

Comunistas criollos. 2.ª edición. Arequipa. 1933.

Comunistas criollos. 3.ª edición. Iquitos. 1933.

Comunistas criollos. 4.ª edición. Edit. Atahualpa. Lima (1933).

NE

ra consagrar la
su ejemplo.
rominente en la
s, y es, sin duda,
ismo ríoplatense.
y realizador, pa-
lo símil del poeta
li recuerda en su

no
el cielo,
ela y canta,
noliendo.

INDICE

SONDEOS EN EL ALMA ARGENTINA — Pág.

1.—Rumbo argentino... 7
2.—Transiciones del tango... 23
3.—Misión nacionalista del mate criollo... ... 37
4.—Diálogo sobre el lunfardo... 43
5.—La línea argentina... 51
6.—Diálogo sobre la generosidad... 57
7.—La fusión de las razas... 61
8.—El aporte italiano... 67
9.—La inyección española... 73
10.—Otras afluencias y el roce judío... 77
11.—La emoción deportiva... 85
12.—Mi litigio con Manuel Secane... 99
13.—Despedida de la Argentina... 107

UNA BREVE INSPECCION POLITICA

Semblanza de Hipólito Irigoyen.. 113
Perfil del general Uriburu... 143
El animador del Socialismo: Juan B. Justo... ... 163

DESC

SONDEOS EN EL ALMA ARGENTINA

1.—RUMBO ARGENTINO

¿Hasta dónde es posible o justo reducir las características espirituales de un pueblo a determinado tipo fijo, estampa o molde, que permita edificar toda suerte de hipótesis o generalizaciones sobre la base de una sumaria autopsia intelectual? Es evidente, a mi juicio, que la tradición, las condiciones económicas, el grado de desarrollo cultural y otros factores esenciales propios del medio ambiente, obran como agentes activos, refractándose en el individuo corriente, subyugando algunos de sus aspectos secundarios, imprimiéndole un sello, una tonalidad peculiares. Algo así como un denominador común.

Pero esto no autoriza a extremar el valor significativo de la característica diferencial de cada pueblo, a insistir en ella sombreando otras zonas, relievándola, exagerándola, tomando por verdad absoluta lo que sólo es parte de verdad, con el único objeto de saciar cierta manía clasificadora—filatelia evolucionada—agradable para una simple y barata comprensión del mundo, pero reñida con la auténtica complejidad de la vida social.

Desgraciadamente, Indoamérica está encontrando nuevos Vespucios. Menos metódi-

ces y más impacientes que el viejo geógrafo. Aves de paso, conferencistas de señoras, munidos de indudable talento y sólida cultura, pero deportistas de la inteligencia, malabaristas de la frase y de la imagen, enamorados de la elegancia y la sutileza. Pero no de la verdad.

Esta filosofía de turismo, leve superación de los Baedeker, inmunizada contra los críticos por el prestigio universal de sus autores, padece, sin embargo, vicios irremediables, que rebajan a un estrecho margen su calidad fecundante e iluminadora. Así, Keyserling es el primero que aparece con esa liviana predisposición a reducir la vida de un pueblo a dos o tres líneas esenciales. Viajero en la Argentina, afirmó que éste era un "pueblo triste".

Después fué Ortega y Gasset quien dedicó a la Argentina la última parte del tomo séptimo de "El Espectador". En realidad sólo al argentino varón, pues para la mujer tiene un encantador y pueril silencio de don Juan. Según Ortega, los signos zodiacales del argentino son su actitud defensiva y su vanidad. Sin duda está cerca de lo cierto.

Luego fueron el verbo y pensamiento zahoríes del penetrante Waldo Frank y la palabra pinturera, imagen pura, rica en extensión, libre de profundidad, del galano escritor francés Paul Morand.

En general a estos autores en el alta mar de su pensamiento filosófico les falta una brújula orientadora. Flucubran desde la cima de su orgullo o trabajan azuzados por la ve-

hemencia de las columnas en blanco. Improvisan, imaginan, intuyen.

Ortega y Gasset llega a reconocer: "No conozco suficientemente el pasado de esta república". Y sin embargo, valeroso, bucea en el pretérito para deducir consecuencias presentes y futuras. Dogmatiza y define con ese soberbio desplante español que es la herencia espiritual viviente del antiguo absolutismo feudal. La ausencia de método, el desprecio o desconocimiento de factores esenciales, espirituales y económicos, convierte a estos filósofos o escritores en juguetes de sus velámenes mentales por falta de quilla o anclas fijadoras.

Y es que tales viajeros han llegado en postura de observadores, obligados a registrar en la memoria las cifras que saltaran a su vista y a efectuar después las correspondientes operaciones matemáticas en busca del denominador común. ¿Y cómo han observado? Presos de pequeños núcleos universitarios o intelectuales, dando conferencias en locales selectos, cerrados al gran público, topándose con esa cáscara de gentes que no representan nada en la vida sustantiva de un país. ¿Se internaron acaso en el pueblo, con deleite de anónimos? ¿Podrían renunciar a su personalidad exterior, a su rango, a su altura? El conde Keyserling, con enormes barbas de rabino, gran sombrero de cow-boy y estrafalarios ademanes de empresario de circo alemán, intentó confundirse, mezclarse con los campesinos gauchos, en la ingenua creencia de que no

habría de ser advertido, olvidando que precisamente es la gente más huraña y de mejor sensibilidad para descubrir al forástico y recatarse ante él. Fracasó. En cambio lo cercaron señoras elegantes, niñas fifís con diferencias intelectuales y manías autográficas, doctorcillos universitarios, presumidos y vacíos, sociedades para la conservación de los eucaliptus o para el fomento de los gatos de Angora. Cosa igual o parecida ocurrió con Ortega y Gasset, Waldo Frank y el locuaz Paul Morand.

Quince o veinte días en esta condición pasan raudamente, resbalando sobre la realidad del país. ¿Qué calados veraces pueden efectuarse entonces? ¿Cómo interpretar honestamente el alma popular para cuya comprensión se precisa quietud, serenidad, fusión sin reservas? El mismo Ortega y Gasset dice: "No es fácil que un extraño acierte con los secretos de su terruño. Estos secretos se absorben con las raíces del ser y exigen, por tanto, radicación". Radicación. He ahí lo que faltó a los nuevos intérpretes del alma americana.

He vivido diez años en la Argentina, sin triunfos ni halagos, sin abandonos ni inhibiciones, sintiendo hondamente mi peruanidad indoamericana, pero aprovechando el destierro para ver y sentir el alma de este pueblo. Soy, por ende, un desmentido vivo a esa extrema afirmación de Ortega y Gasset sobre la imposibilidad de vivir en la Argentina sólo para vivir. Llegué a esta tierra con cierta predisposición adversa, originada por la pleitesía

gloria muscular de Firpo, la fama grasa de su mantequilla victoriosa y la cabalística letra de sus tangos. Ya dentro, seguí viendo estos defectos que escoltaban a la nación en marcha, sin trabarla, y aun algunos de ellos sirviéndole como émbolos. Vi cualidades y promesas. Mi opinión fué cambiando. El argentino, desde dentro, es algo totalmente distinto al argentino para la exportación o en el exterior. Estos últimos constituyen la excepción desagradable e incómoda, porque llevan fuera de sus fronteras esa vanidad exacerbada que en el Río de la Plata es virtud fecundante, potencia creadora, raíz de nacionalidad, y de la cual voy a ocuparme más adelante, pero que en otros países es sólo caricatura, pose, ademán vacío de sentido y en todo caso actitud mortificante para el huésped a quien favorecieron menos los dones de la naturaleza.

Comprendí entonces que para enjuiciar a un pueblo o diagnosticar sobre su espíritu no es posible afincarse en generalizaciones abstractas, en cualidades o defectos estáticos, simples juicios muertos, estuches vacíos. Es necesario vincular esas tonalidades con el medio ambiente, con el rumbo o trayectoria de la Nación, juzgarlas en movimiento, dialécticamente, como séquito móvil de una nación en camino, añadiendo a la dimensión vertical del espacio la dimensión longitudinal del tiempo. Es decir, no juzgar al argentino-unidad, sino a la Argentina-total.

La característica sobresaliente de la Argentina es su enorme inmigración. Cada año

han arribado a sus playas algo más de cien mil inmigrantes procedentes de todas partes de Europa. ¿Estos inmigrantes siguen manteniendo su nacionalidad, sus costumbres, sus rasgos? ¿Rehuyen el medio, se arriscan intraducibles, o se internan y diluyen en él? No puede darse una respuesta general. Muchos retornan enfermos de nostalgia, derrotados. Pero la mayoría se queda. Poseedores de oficios especializados—en los cuales aun no es ducho el hombre indoamericano, hijo silvestre del continente agrario,—dueños de pequeñas industrias o pequeños comercios, se abren paso lentamente, a codazos, en la lucha por la vida, asegurándose pan y techo, lejos de ese duro continente donde la visión del hombre es la pesadilla diaria y del que fugaron en una angustiosa tercera transatlántica. Al cabo de un tiempo adquieren una serena posesión de sí mismos. Se borra la visión miedosa de la llegada plena de incógnitas y contemplan el porvenir con un optimismo que les contagia el medio de un país en ascenso. Hablan en cocoliche, y escupiendo las zetas, o enredándose en las erres, pero se vinculan progresivamente a la tierra hospitalaria. Se sienten fautores y solidarios de su destino y progreso. La ven crecer a ojos vistas, como crece la Argentina.

Cualquiera de ellos en el transcurso de unos lustros lleva en las retinas un trozo de historia de mutaciones y superaciones. El medio los gana, ceban mate, canturrean tangos y terminan llevando hijos a la pila bautismal con el nombre agradecido de Américos o Ar-

gentinos. Pero este no es sino el primer proceso de la polarización. Aquélla habrá de completarse en la generación subsiguiente.

En efecto, con el enorme aluvión heterogéneo, la Argentina podría ser una nueva Babel. Y no lo es. Los hijos de italianos y españoles, que juntos componen el setenta y cinco por ciento de la inmigración, se sienten rabiosa, peligrosamente argentinos. Hay un rencor subconsciente y secreto contra el viejo continente que expulsó a sus padres y un amor auténtico para la tierra que les brindó tranquilidad y reposo. Las noches de zozobra de los padres han germinado amaneceres de alegría en los hijos. El país no les pide cuenta de su genealogía. Todos actúan en un veraz ensayo de democracia. Rusos por nacimiento, nacionalizados argentinos, son diputados nacionales. El hijo de un carbonero italiano llegó a ser senador nacional, profesor universitario y figura presidenciable. Hay en el medio un ritmo fuerte que capta y arrastra. La resistencia nacionalista de los padres se va aflojando. El inglés tendrá hijos ingleses, pero sus nietos, aunque usen pantalones de golf, serán irreductiblemente criollos. Lo mismo el alemán o el francés. Las razas se mezclan y polarizan en un nuevo tipo humano, robusto y vigoroso. Apenas los judíos ponen una sombra de inquietud con sus trescientos mil miembros, impermeables, insensibles.

El Estado toma un rol consciente en la solidificación nacional. La escuela primaria gratuita y obligatoria, extendida por todos los rin-

ciones del país, recibe a ricos y pobres, nacionales y extranjeros. La hija de un ministro de instrucción pública compartía el banco escolar con la hija de su cocinera española, y el caso no es excepción.

La argentinidad se exalta como vínculo unificador y así aparece explicada, en parte, la vanidad rioplatense. En la escuela se refunden los niños y absorben en conjunto las primeras impresiones de la vida, sin distingos de raza, clase o religión. En el segundo ciclo se observa un intento de nivelación espiritual. La Argentina tiene asegurado su crecimiento material. El país debe apresurarse en crecer espiritualmente. Falta cultura. Por eso rechaza los proyectos de educación especializada para alcanzar profesiones utilitarias. Se mantiene un tipo de bachillerato con fin en sí mismo, puramente cultural. Esos centros, que suelen ser tachados de poco prácticos, procuran ser viveros de espíritus. Más allá, en las pampas, sobran viveros de vacas y caballos.

Indiscutiblemente el argentino es vanidoso. Y éste, su peor defecto, es su mejor virtud. Tomada en abstracto, la petulancia argentina molesta entre otras razones porque suele ser justificada. El país progresa materialmente en forma visible. Y también va dando frutos espirituales. El argentino toma nota de su nueva riqueza y hace alarde de ella. Junto a los demás pueblos sudamericanos acusa cierta superioridad general que lo induce a mirarlos como a parientes pobres, sin odio y sin desprecio, con esa condescendencia amistosa que

un capitolino tiene para el provinciano y éste para el hombre del campo. A los europeos, y especialmente a los españoles, esta suficiencia les indigna en cuanto perjudica la propia. Así se explica que Ortega y Gasset haya caricaturizado en forma rencorosa la vanidad argentina, que, en verdad, no es sino segunda edición del clásico amor propio peninsular.

Por otra parte, se comprende que el argentino mire con menosprecio al europeo que pisa sus playas. Es cierto que ha tomado su cultura, y la usufructúa, pero procurando darle matiz propio. Además, no puede menos que impresionarle la inmigración suplicante que llega de continuo al país. En el argentino medio, esta circunstancia, estrictamente objetiva, determina una conciencia de su superioridad de hecho. Los mismos intelectuales europeos cruzan el océano para brindar, en conferencias pagadas, lo mejor de su repertorio intelectual. ¿Por qué el regnícola va a sentir sujeción, inferioridad total?

Todo defecto es necesario apreciarlo en función con el medio. La vanidad es pecado de juventud. Podría decirse que la Argentina está viviendo sus veinte años. Esos deliciosos veinte años que nos emancipan de los padres y nos convierten en dueños y reformadores del mundo y sus contornos. Y esto es virtud en los jóvenes y en los pueblos. Se traduce en empuje, en confianza en sí mismo, en vigor.

Los países del Pacífico, por ejemplo, suelen entregarse a una maledicencia casera, a una burla perenne de lo nacional, al abandono

y la derrota. Tenemos hábitos de vejez. En cambio, el argentino posee una alta idea de sí mismo y ésta es, según Ortega y Gasset más sereno "la causa mayor del progreso de este pueblo y no la fertilidad de su tierra ni ningún otro factor económico". Claro que don José exagera como buen español. Pero resalta esta potencia creadora de la vanidad argentina, que ha permitido no sólo el desarrollo industrial—un argentino compra zapatos argentinos, trajes argentinos—sino el desarrollo intelectual.

Joaquín Edwards Bello, en unas anotaciones sobre este tema, publicadas en "Repertorio Americano", también carga contra la vanidad rioplatense apoyándose en su modo de vestir. Esta es una superficialización del problema. El argentino viste bien porque gana salarios altos, porque la ropa es barata y porque gusta de cierta dignidad general en su aspecto. No es que juzgue, como insinúa Edwards Bello, que la importancia le viene del traje. Es que piensa que siendo "él" no debe ir vestido de otra manera. Ya esto responde a una idea más profunda y compleja de su argentinidad, que no sólo es motor de su pueblo, sino raíz unificadora.

Porque, como queda dicho, para defenderse de la heterogeneidad de razas y costumbres se han exaltado las virtudes de lo nacional. Y aquella vanidad de ser argentino es vínculo fuerte que reúne y mueve a un pueblo. He ahí, pues, cómo un defecto, apreciado en su relación con el medio ambiente e histórico,

se transforma en una virtud.

Esta fuerza o confianza en sí misma da un aspecto de salud moral a la Argentina. Los criollos auténticos, o los argentinos de primera mano, seguros del porvenir del país, satisfechos de pertenecerle en calidad de ciudadanos, exhiben cierta tranquilidad de ánimo, propicia al buen humor, sin zozobra, sin angustias.

Waldo Frank en su "Mensaje a la Argentina" señala el peligro de un decrecimiento espiritual, del triunfo de una vida como la norteamericana. Y esto parecería confirmarse con el auge deportivo, signo indudable de cierta desviación general. El deporte, convertido en religión, substituye el afán por la cultura, el amor a las cosas del alma y la belleza. El deporte debe procurar el estímulo de la salud física y ofrecer un espectáculo ejemplarizador y tonificante. Pero otra cosa es la monomanía deportiva. El laicismo argentino ha encontrado nuevos ídolos en los jugadores de fútbol. Personalmente participo de esta nueva emoción por las justas del músculo, pero me inquieta la desproporcionada importancia que se le viene concediendo. Podría decirse que en el Río de la Plata este fenómeno es señal de vida honesta. Los domingos hay más público en el fútbol que en las carreras. Y esto es una ventaja. Empero, surge la duda, porque la pasión deportiva bordea los lindes del exceso y amenaza convertirse como en los tiempos romanos en la única preocupación del pueblo.

Felizmente, el mate y el tango mantienen en el alma popular el culto a lo inútil y a lo sentimental, marginando un campo donde transitan la imaginación y la fantasía, es decir, impidiendo que la sórdida preocupación por el éxito económico absorba el espíritu de la criatura humana y la transforme en una máquina de ganar dinero, o que la simplista devoción deportiva lo conduzca hasta las selvas de la estupidez absoluta.

El mate, del que me ocuparé más adelante, tiene algo de pipa de paz. Circula de boca en boca, en intimidad comunista. Es un retazo de la vida campera, heroicamente insertado en la urbe. Eje de un círculo que siempre es amistad y conversación llana. Tomando mate, el criollo aprende a despreciar el grosero utilitarismo del refrán sajón: "The time is money". El mate es pequeño freno para que el hombre no se lance ciegamente a un trajín codicioso. Al mismo tiempo es vínculo democrático, solidificador, signo de trabazón social, intérprete noble de esas manos entrelazadas que decoran el escudo argentino.

A su vez, el tango sentimentaliza el alma rioplatense. En el imponente ritmo material de la grandeza y prosperidad agropecuaria destila el jugo de su ternura y lirifica la epopeya de todos los sueños sentimentales. Las letras de los tangos suelen ser un alarde. Una paradoja infantil de aventuras inverosímiles. Malevos cuchilleros y minas que se fugan como en todas partes, o menos que en otras partes. Pero el tango las exalta como esas

historias de cucos que pilotean nuestra niñez. Ciertas o no, mantienen viva la cuerda sensible del alma popular que se acongoja lealmente con las penurias de Milonguita. Su música sensual, dormilona, entristecida, habla al corazón de cada argentino con los suspiros profundos de los fuelles y lo subyuga, lo enternece, lo humaniza con la diástole y sístole de los bandoneones.

Hay, pues, cierto equilibrio en el crecimiento de este pueblo. Claro que para propiciar el desarrollo espiritual no bastan un bandoneón y una bombilla de mate. Pero la misma vanidad argentina, angustiosamente proyectada hacia adelante, está torturándose en la creación de un ideal propio, de un porvenir de independencia integral y vida noble.

Y esto se advierte viviendo en la Argentina. Se ve nacer un nuevo tipo humano. Ya Waldo Frank lo dice: "¿Qué es esa tristeza que el visitante observa en la Argentina? No es en modo alguno una tristeza real. Es una expectación. Es el hondo y grave sueño del embrión. Nunca en mi vida había tenido yo una tan clara sensación de hallarme sumergido en un grávido caos". Y Ortega y Gasset afirma: "Acaso lo esencial de la vida argentina es eso: ser promesa."

Sus extraordinarias ventajas físicas, su gran desarrollo económico, la vasta riqueza de su suelo llano, permiten a la Argentina albergar un pueblo seguro de sí. Esta circunstancia material, unida a su alta idea de sí mismo, están plasmando un nuevo tipo humano. Por

eso el argentino es tan opuesto a toda sujeción extraña y tan orgulloso de su propio meridiano. Históricamente, dado el momento que vive América, es preferible esta vanidad orgullosa y creadora, que no es estática sino dinámica, apoyada por un capitalismo que aún no es omnipotente y que rechaza las influencias imperialistas y no esa tímida humanidad de quienes piden manos rubias para iniciar un proceso de pseudo-civilización.

Pero, ¡a dónde va la Argentina! El ritmo de su vida material pareciera conducirla, por su fondo y forma, hacia los mismos moldes que conformaron al pueblo norteamericano. Su crecimiento veloz ha determinado una primacía de valores externos y superficiales. A la Argentina le ha faltado tiempo para echar raíces cuando ya la copa de su árbol agigantó las dimensiones de las ramas. Un crudo amor a los éxitos fáciles, una desmesurada ambición por el dinero, malogran la intención vital de este pueblo, desviando a muchos de sus hijos.

Por fortuna, pese a estas proyecciones, vanidosa pero fuerte, rica y justiciera, la Argentina tiene frenos humanistas, heredados sin duda de la confluencia del espíritu inquieto de los conquistadores con el espíritu místico y sutil de los indígenas.

Signos profundos hablan de una inminente transformación. La Argentina puede ser la primera estrella de la constelación de pueblos que hará de nuestro continente la nueva tierra prometida. Porque, es hora de decirlo, aunque en grados de desarrollo muy distintos, to-

dos los pueblos situados al Sur de Río Grande poseen potencialmente las mismas virtudes esenciales del pueblo argentino. Ojalé fructifiquen tan rápidamente como en él. A nosotros nos incumbe la tarea de ser cultivadores eficaces.

UNA BREVE INSPECCION POLITICA

SEMBLANZA DE HIPOLITO IRIGOYEN

El nombre y la acción de Hipólito Irigoyen ocupan los últimos cuarenta años de la vida política argentina.

En la oposición o en el gobierno, Irigoyen es el eje de la democracia ríoplatense, el astro en cuyo derredor giran los satélites de la admiración, del odio o de la indiferencia. Su personalidad, real o ficticia, llena el escenario político desde que su figura adquirió los relieves y las proporciones del caudillo.

Pero la idea de volumen no lleva aparejado o implícito el reconocimiento de un valer indiscutible. Al contrario, graves son los reparos y las dudas que despiertan sus méritos intrínsecos y personales como estadista o gobernante. Hipólito Irigoyen no es una figura burilada, sólida, tangible en la realidad de sus obras o sus actos. El estudioso no encontrará, como en los casos de Alberdi, Sarmiento o Rivadavia, por ejemplo, el material palpitante y vivo en el cual pueda aprisionar al hombre y juzgar su contorno histó-

rico. Hipólito Irigoyen tiene algo misterioso, impalpable y sutil. Casi es un símbolo o un mito.

Ha sido una persona de carne y hueso, pero pudo también ser sólo una entelequia. Su prestigio creció entre velos de leyendas. Su influencia se desarrolló en silencio. Y su acción no tuvo jamás la nitidez de un hacha que destruye o la solidez de un cimiento que edifica. Asoma a la vida argentina con los movimientos imprecisos de un fantasma. Sólo puede afirmarse que fué un fantasma gigantesco que multiplicó su propio volumen real con las dimensiones de su sombra. Y el observador, ubicado frente a la figura inconmensurable, no acierta a distinguir cuándo su mirada se apoya sobre la realidad del ente o cuándo se engaña al tomar como existentes sus bordes irreales.

Intuitivo, poseyó sin duda la seguridad de su misión simbólica. Quizás si en su alma hubo un sincero soplo apostólico y místico. Puede ser que creyera en sí mismo. De todas maneras, resulta evidente que, conociendo la crueldad indoamericana y la aptitud desconfiada de las mentes agropecuarias, evitó entregar su persona en carne y hueso al manoseo excesivo del análisis o la observación fáciles. Prefirió vivir semioculto, entre sombras que eran distancia respetuosa, sabiendo que ganaba en prestigio todo el espacio que ponía para conseguir conocerlo, oírlo y palparlo. Posiblemente comprendió que en estos pueblos fantasistas, arados por la ter

logía católica, era preciso insuflar una confianza mística, hija de la fe y no del conocimiento. Y entonces se dedicó a borrar su propia personalidad, a esconderse a sí mismo, para forjar un Hipólito Irigoyen simbólico, un Hipólito Irigoyen fantástico, inexistente, irreal, pero actuante, director, operativo, a quien el propio Hipólito Irigoyen de carne y hueso terminó por admirar.

Fué por ende un símbolo apoyado en un hombre. O un hombre agigantado en símbolo. Ensamblando lo humano y lo ficticio, podría decirse que operó el milagro de convertirse en un mito viviente. Por eso cultivó con paciencia y meticulosidad su contorno histórico robándose su personalidad real. Fué un suicida que actuaba multiplicado por su voluntad de muerte. De ahí que guardara silencios de esfinge, que se expidiera en lenguaje cabalístico, que ostentara una hierática actitud de estatua, colocándose más allá del género humano, inalcanzable, esotérico, incógnito, inamovible, a la altura de Dios o las potencias panteístas que gobiernan el destino de la especie.

Por desgracia, esta muerte del Hipólito Irigoyen de huesos y carne, en beneficio del Hipólito Irigoyen sobrenatural, no podía tener los caracteres perfectos de la catalepsia. Y de vez en cuando lograba surgir, a través del símbolo divino, el burdo contorno del hombre corriente. Y entonces se advertía la dureza del contraste y aparecían más notorias sus imperfecciones o sus yerros. Toda su

trayectoria política fué una permanente oscilación entre los dos ejes de su personalidad real y de su personalidad simbólica. A veces, inspirado por la última, tuvo aciertos admirables como la oposición para que la Argentina entrase en la guerra. Y otras, puesto sobre los carriles de la realidad determinante, cayó en los pecados mortales de la semana trágica de enero o del reparto vulgar de puestos y prebendas entre amigos y compadres.

Quizás si el análisis histórico habrá de cernir la obra de esta personalidad poderosa y por las mallas del juicio se filtren sólo las virtudes principales. De todos modos será imposible encerrar la figura de Hipólito Irigoyen dentro de bordes concretos. El misterio voluntario es su característica, su signo, su marca. No en balde nunca fué un científico, sino siempre un intuitivo.

Su aureola de nigromancia arranca desde 1893, cuando Hipólito Irigoyen hacía rato que había abandonado la adolescencia. Sobre los lustros anteriores han caído velos que apenas permiten entrever la personalidad. El misterio tiende a envolverlo. Ignórase con precisión hasta el año en que vino al mundo. Irigoyen no fué amigo de expansiones y hasta este simple dato cronológico, imprescindible para una biografía, quedó perdido en la vaguedad de respuestas contradictorias y despistantes.

Posiblemente su infancia transcurrió adolorida y angustiada. Un abuelo suyo había muerto en la plaza pública, víctima de las lu-

L. SEOANE

é una permanente osci-
jes de su personalidad
lad simbólica. A veces,
a, tuvo aciertos admi-
n para que la Argen-
ra. Y otras, puesto so-
realidad determinante,
nortales de la semana
eparto vulgar de pues-
amigos y compadres.
s histórico habrá de
personalidad poderosa
icio se filtren sólo las
De todos modos será
gura de Hipólito Iri-
s concretos. El miste-
aracterística, su signo,
nunca fué un científi-
tuitivo.
mancia arranca desde
Irigoyen hacía rato
la adolescencia. Sobre
n caído velos que ape-
la personalidad. El
lverlo. Ignórase con
n que vino al mundo.
le expansiones y hasta
ógico, imprescindible
dó perdido en la va-
contradictorias y des-

ncia transcurrió ado-
n abuelo suyo había
ica, víctima de las lu-

chas primitivas y sangrientas. Seguramente el drama rondó los desvelos de su imaginación infantil y contribuyó a predestinar su vocación individual. Era su padre un honrado labriego vasco, simplote y huraño, que educó al retoño dentro de moldes de austeridad ejemplar. La huella de esta educación sobria habría de advertirse lustros más tarde cuando Hipólito Irigoyen, Presidente de la República más rica de la América del Sur, continuó, empero, llevando un tren de vida franciscano y modesto.

Se sabe que por 1870, Hipólito Irigoyen fué mayoral de los tranvías a caballo que recorrían lentamente, restallando los látigos, las calles polvorientas de la urbe recién nacida. No soportó mucho tiempo el trote de los equinos y la humildad de su trabajo, totalmente reñida con la ambición recóndita que bullía en su pecho. Un azar burocrático lo transformó en comisario de policía en 1872. La dura función tampoco podía absorber sus ansias y alguna falta debió cometer cuando fué exonerado del puesto al año siguiente de su nombramiento. Hipólito Irigoyen no tenía alma de detective ni corazón de gendarme y su destitución de comisario es un símbolo de su aptitud vocacional.

Ignórase por qué razones el gran Sarmiento, en 1874, a pesar de que Hipólito Irigoyen carecía de títulos habilitantes, lo designó presidente de un Consejo Escolar. Sin duda en estas tareas puso en ejercicio su intuición didáctica. Duró en ellas algunos años.

pero un nuevo vaivén burocrático lo condujo a otra comisaría en 1877.

Hipólito Irigoyen, sin embargo, no está contento. El recuerdo del abuelo asesinado dibuja con obsesión un camino para su vida. La política lo atrae y lo seduce. En 1878 es elegido diputado provincial. Pero un diputado al servicio de la causa conservadora, e Hipólito Irigoyen no se encuentra cómodo ni seguro de sí mismo. La realidad política que lo rodea carece de la plasticidad que necesitan sus mágicas manos de conductor. Está prisionero dentro de una política rutinaria, inoperante, híbrida y amorfa. El diputado provincial no habla una palabra en los dos años que dura su mandato. En 1880 lo eligen diputado nacional. Asciende de categoría. Pero tampoco rompe el silencio de reserva. Mayoral o comisario, educador o diputado, su personalidad ha hecho simples tanteos burocráticos, quizás obligado por problemas económicos domésticos. Pero aún no se ha encontrado totalmente.

La robusta figura del futuro caudillo ya rebalsaba dentro de moldes tan estrechos. No se resigna a perderse a sí mismo. Y en 1882, cuando caduca su mandato de legislador del régimen, Hipólito Irigoyen desaparece y se hunde en el misterio. Nadie puede establecer con fijeza donde se oculta. Algo se sabe de sus lecciones en una Escuela Normal de profesores. Ignórase el título con que ejerce esta difícil actividad. Sólo dos años había cursado sin pena ni gloria en la Facultad de Derecho.

Pero hay un gesto que obliga a mirar con atención al profesor silencioso. Obsequia sus sueldos con propósitos benéficos. Asoma aquí la personalidad futura. Tiene un gesto dedicado a la historia. Nada justifica que un hombre pobre, sin necesidad o pretexto visible, haga este regalo. Nada, excepto su adivinación o su voluntad para asumir el rol que desempeñará más tarde. El taumaturgo de la política argentina inicia la serie de sus desconcertantes actitudes.

En 1890 se produce la revolución radical que culmina con los sucesos del Parque. La política ya no es un simple patrimonio de los apellidos aristocráticos, de los dueños de grandes latifundios. La verba insurrecta de Alem ha congregado en su torno a las clases medias modestas, a los hijos de inmigrantes y a algunos aristócratas renegados de su origen. Representa a las urbes nacientes. Es la industria y el pequeño comercio iniciando el proceso de choque contra el latifundismo agrario ensoberbecido y egoísta. Hipólito Irigoyen, por su cuna, por su vocación, por su sentido del futuro, está con los nuevos, con los que habrán de remover la quietud de las aguas políticas. El podrá ser piloto, guía, timonel.

Nombrado comisario por la efímera Junta Revolucionaria, su actuación es discutida después de los sucesos y ya entonces aparecen quienes lo defienden con denuedo. Su personalidad comienza a adquirir proporciones. Irigoyen se esconde de una popularización exce-

siva y desarrolla las primeras acciones de su estrategia para convertirse en mito. Cuando lo atacan, no se defiende él mismo. Deja esta tarea a cargo de satélites. No puede afirmarse que su superioridad provenga de un bagaje intelectual maravilloso. Sus dos años de Universidad y los estudios en un colegio secundario le han puesto en conocimiento con algunos humanistas de moda en aquella época: Fenelón y Bossuet. Se sabe que tuvo preferencias por "La República" de Platón y que recorrió muchas veces las páginas sugeridoras de "Vidas Paralelas" de Plutarco, en cuyas interlíneas seguramente ubicó la propia personalidad. No era, pues, un erudito, un científico, un técnico. Apenas un auto-didacta que, convencido de su misión, había buscado por sí mismo un poco a ciegas y desorientadamente, los mejores maestros que a mano pudo hallar. Tampoco su influencia era dinástica, porque si bién es cierto que fué sobrino de Alem, este parentesco, por sí solo, no podía garantizarle la fama y la autoridad que disfrutó.

Lo cierto es que poco a poco el comando del partido pasó a sus manos. Seguramente fué el más inspirado y el más generoso de todos los políticos de su época y su círculo. Hipólito Irigoyen no trabajaba para sí en un sentido egoísta y vulgar. Sus ambiciones estaban inyectadas de futuro histórico. Tan poco le interesaba el presente inmediato porque tenía la obsesión del porvenir reparador. Esta última ubicación de mirajes determinaba

DANE

ras acciones de su
en mito. Cuando
mismo. Deja esta
o puede afirmarse
nga de un bagaje
dos años de Uni-
un colegio secun-
imiento con algu-
n aquella época:
que tuvo prefe-
de Platón y que
páginas sugeridos
Plutarco, en cu-
ubicó la propia
un erudito, un
s un auto-didacta
n, había buscado
gas y desorienta-
ros que a mano
uencia era dinás-
que fué sobrino
sí solo, no podía
toridad que dis-

poco el comando
os. Seguramente
ás generoso de
ca y su círculo.
ba para sí en un
s ambiciones es-
histórico. Tam-
inmediato por-
enir reparador.
es determinaba

automáticamente una superioridad respecto a sus compañeros. Además sabía dar la sensación del iluminado, del místico. O lo era. La atmósfera respetuosa fué agrandándose. Su prestigio aumentaba en razón directa de la distancia que lo separa de sus admiradores. Cultivó su encierro con predilección para agigantar esta fama. Hablar con él era un privilegio, un favor. El visitante llegaba en involuntaria posición de subordinado. Hipólito Irigoyen tomaba actitud paternal, directora, y el encanto sibilino de una palabra flúida, insinuante, prometedora, completaba el milagro del sojuzgamiento.

La gente comenzó a apodarlo "el peludo", comparando su método de vida al conocido roedor que está siempre encerrado en su cueva. Irigoyen aceptó sonriente, y siguió entre los muros de su casona antigua, envuelto en penumbras, cortinajes y medios tonos. Estaba en pleno proceso la elaboración del mito irigoyenista.

El radicalismo, pese a sus revoluciones fracasadas, comenzaba a ser el partido más poderoso del país. No podría capturar el poder, pero conseguía dificultar su ejercicio a los adversarios. Su leyenda de beligerancia, su condición de perseguido, le multiplicaba las simpatías populares. El régimen conservador quería amortiguar el peligro, entretener al adversario, darle parte del botín para calmar o atemperar su belicosidad. Y a este efecto procuraba que tomara parte en las elecciones con el propósito de obsequiarle mi-

norías. Pero la mirada escrutadora de Irigoyen comprendió los peligros de una transacción.

Se sobrepuso a las exigencias minúsculas de los aláteres que se habrían satisfecho con victorias parciales. El gran estratega comprendió que era necesario jugar el todo por el todo, reclamar la integridad del poder o no aceptar ninguna parte del mismo. Intergérrimo, implacable, firme como una roca, mantuvo al partido dentro de una honesta abstención electoral. Los radicales no votaban. Dejaban al conservadorismo la responsabilidad íntegra de afrontar los problemas nacionales. Y de vez en cuando, como un temblor que amenazara derruir el viejo edificio, una conspiración sembraba temores sacudiendo al gobierno regiminoso.

El viejo Luis Roque Sáenz Peña y el orgulloso José Evaristo Uriburu, Roca, como Quintana y como Figueroa Alcorta, se suceden en la Presidencia de la República, y todos llaman al caudillo radical para pedirle los términos de una transacción y amenguar su hosquedad con funciones de orientación y consejo. Irigoyen asiste enigmático, misterioso. Y pasa el tiempo sin que ceda un ápice. Cinco, diez, quince, veinte, treinta años han corrido ya. El hombre del 93 es un viejo roble que encarna el lema: "el radicalismo se rompe, pero no se dobla". Férreo, con terquedad vasca, ofrece, sistemático, la única solución honrada: elecciones legales. Su prestigio se acrecienta y afianza con los lustros sucedi-

EOANE

scrutadora de Irigo-
gros de una trans-

igencias minúsculas
brían satisfecho con
an estratega com-
jugar el todo por
gridad del poder o
del mismo. Inte-
e como una roca,
o de una honesta
dicales no votaban.
no la responsabili-
s problemas nacio-
como un temblor
viejo edificio, una
ores sacudiendo al

Sáenz Peña y el
buru, Roca, como
Alcorta, se suce-
República, y todos
para pedirle los
y amenguar su
orientación y con-
ático, misterioso.
la un ápice. Cin-
nta años han co-
es un viejo roble
licalismo se rom-
o, con terquedad
única solución
Su prestigio se
lustros sucedi-

dos, con su aptitud de comando en el sacrificio severo y altivo. Ya nadie lo discute. Está por encima del nivel común. Es el guía. Es "El Hombre".

Vencido por este avance silencioso en todas las conciencias argentinas, debilitadas las bases económicas que determinan la preeminencia política del latifundismo, y amenazado por el poderío en ascenso de las fuerzas económicas y burguesas representadas por el partido radical, el conservadorismo se apresta a entregar pacíficamente las riendas del gobierno. Roque Sáenz Peña propone y arranca de una mayoría parlamentaria conservadora la ley electoral que consagra el voto secreto y garantiza la imparcialidad absoluta. Ha llegado la esperada hora de la reparación. El caudillo ha visto triunfar su taumaturgia. Todas las fuerzas dormidas y en acecho podrán volcarse en los comicios.

1916. Las elecciones registran una catarata de votos radicales. Hipólito Irigoyen es elegido Presidente de la República por más de medio millón de voluntades. Toda su actuación anterior, heroica, mística, simbólica, ha tenido, sin embargo, un carácter negativo. Ahora el apóstol debe colgar la túnica y revelar sus capacidades de estadista. En 1916, con el triunfo, se inicia el proceso de la decepción.

Irigoyen, ungido ya como mandatario, no exhibe un programa orgánico y claro. Parece dominado por la ley de inercia del movimiento anti-conservador. Falla en el manejo

del aparato estatal. Pero acierta en la tarea destructora de los rezagos oligárquicos. Triunfo del político. Derrota del organizador. Al fin y al cabo es un místico y tiene derecho a la impericia y al empirismo.

Los adversarios conservadores mantienen íntegramente sus posiciones de predominio provincial. El federalismo del país los defiende y permite que se cobijen, acechando la hora del desquite. El radicalismo ha sido suficientemente fuerte para dominar en las grandes ciudades y fabricar una mayoría aritmética en favor del nuevo Presidente. Pero los electorados de muchas circunscripciones aun siguen dando parciales mayorías a favor del antiguo régimen. Irigoyen sopesa la situación. No puede afirmarse si procedió por simple cálculo u odiosidad política, o si tuvo conciencia clara de su rol histórico de liquidador del conservadorismo. Lo cierto es que designó interventores federales en todas las provincias enemigas, derribando gobernadores y legislaturas adversos. Concentró en sus manos el gobierno de toda la República. ¿Ambición de poder? ¿Sentido de su función de constructor? ¿O ambas influencias a la vez!

Se advierte, diluída en todo el territorio, la presión de una mano fuerte y absorbente. Los adversarios le reprochan su excesivo personalismo. Algunos partidarios se sublevan contra su predominio aplastante. Pero el pueblo, la masa, comprende poco de estos problemas constitucionales o jurídicos, de esta mecánica distribución de funciones. Le inte-

resa saber que el Peludo trabaja desde las siete de la mañana hasta las doce de la noche. Intuye que Hipólito Irigoyen, por su larga experiencia humana, su irreprochable honradez, su altísimo sentido de la responsabilidad, no quiere declinar en los ministros o los gobernadores, los problemas gravísimos del período de la transformación. Su personalismo es también una ímproba tarea de sacrificio en aras de un propósito superior. Además, el caudillo, como todo temperamento elevado, y consciente con su fuerza y su visión mental, no puede subordinarse a una carcelería jurídica de reglamentación de facultades. La personalidad dominante, por su propio ímpetu energético, cuando asoma en la historia su perfil dinámico, avanza atropellando los alambrados construídos para hombres y épocas normales. Avanza pisando pequeños fueros, derribando obstáculos, pero arrastrando también, tras de sí, a tirios y troyanos que se benefician con el adelanto de quien rompe a hachazos las brechas del camino.

Su austeridad es evidente, y así mantiene la confianza popular. Hipólito Irigoyen no sólo ataca a los conservadores en sus reductos provinciales, sino que rompe con ellos en todas las esferas de la actividad. Suprime de una plumada los pajes de calzón corto y medias de seda, que antes remedaban una corte versallesca en los dorados salones de la Presidencia de la República. No viste jamás de gran gala y aparece en las calles con su sombrero hongo y sus trajes estilo fin de si-

glo. No asiste a las clásicas carreras de gala en el Hipódromo y sus tacos no se hunden en las alfombras de los clubes aristocráticos: el Círculo de Armas o el Jockey Club. Nunca ostentó su cargo u ofendió a nadie con su orgullo. Fué un Presidente al alcance de los deseos populares, teñido de multitud, simple como buen criollo, a quien gustaba recibir a los gauchos de chiripá, que arrastraban las espuelas, o a las delegaciones obreras con honrados *over alls* por toda vestimenta.

Desconcertó los rangos clásicos de la política. Sus colaboradores no figuraban entre los apellidos de tradición. Su ojo zahorí penetró hasta los fondos del radicalismo, y de allí extrajo a los hijos de inmigrantes, a los Salinas o los Scarlatto, para elevarlos hasta las cúspides oficiales. Infundía así un sentimiento de confianza en la organización democrática. Se ponía a tono con la naturaleza argentina donde las posibilidades de ascenso están abiertas para todos.

Pero, como era empírico, el Estado pudo resentirse de sus desaciertos, si no hubiera sido extraordinariamente rico y vigoroso el organismo argentino. Irigoyen tenía un sentido paternal de sus funciones. Era el administrador generoso de una gran estancia. El jefe cordial de una familia pródiga. Quienes se acercaban hasta él, recibían el premio de sus desvelos. Remediaba las cuitas con una solicitud cariñosa, que también estaba inspirada por el cálculo político. El presupuesto fué un bien público que supo dividir en sinecuras

para miles y miles de correligionarios. No hacía cuestión de capacidad, o vocación, o eficiencia. Tenía sentido humano y bastaba que alguien le pidiese un sueldo, para que él duplicase la expectativa nombrando funcionarios y más funcionarios. Cuando los cargos presupuestales se agotaron, inventó nuevos. Llegó a conceder a algún afiliado civil la granjería de un nombramiento eclesiástico, y hasta, en un arranque de generosidad metafísica, concedió ascensos a los muertos.

El estadista no aparecía. La victoria del radicalismo era el triunfo de los ideales pequeño-burgueses, la feria de los puestos públicos, la oportunidad de gozar los bienes materiales de la vida a costa del Erario Nacional.

Pero el místico, el hombre-símbolo, también habría de dejar las huellas de su paso. A Irigoyen le tocó presidir los destinos de la República cuando se desató sobre el mundo el oleaje de la gran guerra europea. La inflamada propaganda de los aliados encrespó el entusiasmo de muchos argentinos. El país, trabajado por la influencia italiana, francesa y británica, quería la guerra. Eran verosímiles las informaciones sumarias que presentaban el conflicto como un choque entre la civilización y la barbarie. Irigoyen mantuvo su serenidad dentro del caos. Y luchando contra el periodismo, contra la opinión pública, contra su propio Parlamento, bregó e impuso la absoluta neutralidad de la República.

Este mérito habría de reconocérsele sólo años más tarde.

Sensible a toda obra de renuevo, también le tocó observar los efectos de la eclosión universitaria de 1918. Las viejas casonas medievales donde imperaban los doctores teológicos, eran escenarios en los que bullía una juventud inquieta, ansiosa de nuevos horizontes y urgida por la rápida obtención del título profesional. Estalló la revuelta estudiantil, confundiendo en un solo movimiento impreciso el afán procreador de una cultura nueva y el propósito egoísta de adquirir con poco esfuerzo el título habilitante. Irigoyen comprendió, auspició y sancionó el movimiento, quizás si juzgándolo como sincrónico de la obra política del radicalismo, pero cuidando, en todo caso, de premiar burocráticamente a los líderes del mismo, quienes, desde entonces, quedaron sumados a su órbita.

También ideó y llevó a cabo las grandes reformas agrarias en las tierras públicas del Sur, rescatándolas para beneficio de la colectividad. Y diseñó los primeros propósitos respecto a la defensa del petróleo. En cambio, le cupo ser protagonista de la trágica semana de enero. Los obreros habían paralizado sus tareas. Las empresas ferroviarias solicitaron el apoyo del ejército para restablecer el tránsito. Irigoyen tuvo una respuesta digna:

—El ejército argentino no está para balear a los trabajadores.

Empero, pocos días después, cuando la marea insurrecta subió de nivel, con su vo-

luntad o no, con su conocimiento o sin él, se inició la terrible ofensiva que costó cientos de vidas. Poco tiempo más tarde, en otro alzamiento proletario habido en el Sur, nuevos tributos de sangre pagó la clase trabajadora.

Así, con un balance parejo de méritos y pecados, Irigoyen arribó al final de su período. Lo reemplazó Alvear, quien, a poco, lograba independizarse de su progenitor político. El Peludo mantuvo una actitud de reserva severa. Cesó en sus visitas al nuevo mandatario. Se consideró ofendido y distanciado. Y volvió a esperar. Viejo ya, al borde de ser octogenario, adoptó la misma actitud de los tiempos regiminosos. Aguardó con calma. Y seis años más tarde, en 1928, como candidato opositor, alcanzó una votación plebiscitaria: 800 mil votos lo ungieron otra vez primer funcionario del país.

Se repiten en este período los mismos defectos y virtudes del anterior. El radicalismo ha crecido en volumen, pero no ha ganado en profundidad. Llegan al poder con cierto aspecto de feriantes dispuestos a asaltarlo todo. Irigoyen, aunque austero y honrado, deja que los chicos traviesos hagan sus diabluras. El místico, el simbólico, está preocupado por probar su corrección política en cuanto al funcionamiento institucional, y por elevar la categoría internacional de la Argentina, dándole una función moralizadora y altiva en las relaciones internacionales.

Corrían los tiempos en que el imperialismo norteamericano tomaba sus formas agresi-

vas. Sandino, en las selvas de Nueva Segovia, luchaba contra las tropas de ocupación. Coolidge acababa de afirmar: "allí donde vaya un dólar americano, habrá un fusil para hacerlo respetar". El Peludo, inspirándose en la noble tradición diplomática de la Argentina, orgulloso de la potencialidad económica del país, juzgó necesario cuadrarse frente a los Estados Unidos, aunque no fuera sino por la belleza moral del gesto, en una época en que las dictaduras del continente: Leguía, Ibáñez, Saavedra, se rendían sumisamente a la influencia del Tío Sam.

Irigoyen transparentó su actitud en varias formas. No proveyó la Embajada en Washington, dejándola sólo al cuidado de un Encargado de Negocios. Boycoteó sistemáticamente todas las conferencias, reuniones o congresos panamericanos, dejando sin representación a la Argentina. En un alarde humorístico, cuando el popular boxeador Justo Suárez fué a Estados Unidos a procurar la conquista del título de su deporte, le otorgó un nombramiento diplomático. Fué el único Presidente americano que al inaugurarse el servicio telefónico entre las dos Américas, tuvo el tino de enfermarse para no asistir a la ceremonia, con un propósito claramente significativo.

Kellog, por esa época, propuso el famoso pacto de su nombre. Y la Argentina fué una de las pocas naciones del mundo que se negaron a suscribirlo. Cuando en el Senado se debatió el problema, un senador radical, obede-

las selvas de Nueva Sego-
ra las tropas de ocupación.
de afirmar: "allí donde va-
icano, habrá un fusil para
El Peludo, inspirándose en
diplomática de la Argenti-
a potencialidad económica
cesario cuadrarse frente a
, aunque no fuera sino por
l gesto, en una época en
del continente: Leguía,
se rendían sumisamente a
o Sam.
arentó su actitud en va-
roveyó la Embajada en
ola sólo al cuidado de un
cios. Boycoteó sistemáti-
onferencias, reuniones o
anos, dejando sin repre-
ntina. En un alarde hu-
popular boxeador Justo
s Unidos a procurar la
de su deporte, le otorgó
olomático. Fué el único
que al inaugurarse el
re las dos Américas, tu-
rse para no asistir a la
opósito claramente sig-

oca, propuso el famoso
la Argentina fué una
del mundo que se nega-
do en el Senado se de-
senador radical, obede-

ciendo las instrucciones de Hipólito Irigoyen, afirmó enfáticamente: "¿Pueden ser valederos esos propósitos de paz en míster Kellog, cuando las tropas norteamericanas están en un país del continente? ¡Mientras haya soldados norteamericanos en el suelo de Nicaragua, no se puede hablar con sinceridad, ni nadie puede usar las palabras que emplea míster Kellog en la nota de invitación!"

Cuando míster Hoover, como Presidente electo, hizo la ritual visita de inspección a Indoamérica, mantuvo varias polémicas de tono subido con el Presidente argentino, según relató oficiosamente el diario gubernativo de esa época. Aquellas discusiones quedaron encerradas dentro de los cortinajes oficiales. Pero algo trascendió. Así, en el banquete oficial, Irigoyen se expresó en esta forma harto elocuente: "La Argentina espera que vuestro país irradie altos valores espirituales y pacifistas, como el que llevara a Wilson a convocar a todos los pueblos a reafirmar el precepto eterno y luminoso del Divino Maestro: "Amaos los unos a los otros". También son esos los anhelos de nuestros pueblos (asume ya la personería continental), los cuales aspiran a avanzar siempre por el sendero de su perfeccionamiento, regidos por normas éticas tan elevadas, que su poderío no pueda jamás ser un riesgo para la justicia, ni siquiera una sombra proyectada sobre la soberanía de los demás Estados".

Tozudo y francote, no se satisfizo con estas alusiones de corte e intención indudables.

Y en nueva oportunidad, mondando las frases inútiles, declaró a Mr. Hoover, de modo oficial y expreso, que, según el pensamiento argentino: "los pueblos deben ser sagrados para los pueblos, y los hombres para los hombres".

Naturalmente, su instintivo repudio a la política imperial de los Estados Unidos, no quedaba colmado con estas actitudes teóricas. Llevándolas a la práctica, no pidió un centavo de dólar en calidad de empréstito, en sus dos primeros años de gobierno. Y propugnó, de modo vehemente y simbólico, la aprobación de la ley de nacionalización del petróleo y expropiación de las concesiones otorgadas anteriormente a las empresas yanquis, con el fin de establecer el monopolio y la administración del Estado respecto a esa riqueza natural. La ley fué aprobada por los votos irigoyenistas en la Cámara de Diputados, pero no pudo merecer aprobación en el Senado, ya que éste contaba con mayoría conservadora. Irigoyen insistió una y otra vez ante la alta rama, pidiendo esta sanción, y redactó sus notas en el lenguaje místico de quien comprendía sus alcances históricos respecto al porvenir nacional y a las posibilidades de riqueza colectiva. Pero el Senado estuvo sordo y no trató la ley. Las votaciones resultaron empatadas entre gobiernistas partidarios del monopolio y opositores amigos de las empresas extranjeras. Este impasse debía ser resuelto por la elección de senadores en San Juan y Mendo-

SEOANE

l, mondando las fra-
r. Hoover, de modo
gún el pensamiento
deben ser sagrados
mbres para los hom-

intivo repudio a la
Estados Unidos, no
s actitudes teóricas.
, no pidió un cen-
e empréstito, en sus
erno. Y propugnó,
ólico, la aprobación
del petróleo y ex-
nes otorgadas an-
yanquis, con el fin
la administración
queza natural. La
otos irigoyenistas
os, pero no pudo
nado, ya que éste
vadora. Irigoyen
la alta rama, pi-
ctó sus notas en
comprendía sus
l porvenir nacio-
riqueza colectiva.
lo y no trató la
n empatadas en-
del monopolio y
presas extranje-
resuelto por la
Juan y Mendo-

za. En ese período fué cuando sobrevino la revolución.

No es momento aún de entrar al tema, ni siquiera con los malos pensamientos. Por ahora, debe añadirse que esta resistencia a lo norteamericano por sus caracteres prepotentes y por su sentido materialista, tan ajeno a la altivez y espiritualismo ético del caudillo, coincidía con una afectuosa preferencia por lo británico. En la lucha entre los dos grandes imperialismos, Irigoyen tomó su lado. Los capitales ingleses son los más cuantiosos que se han invertido en el país. Con las salvedades lógicas respecto a su función y objetivos, puede afirmarse que han sido respetuosos de la legislación local. Irigoyen me decía en 1932, ya en vísperas de su muerte:

—Amigo, da gusto tratar con los ingleses. Son unos caballeros; correctos, serios, puntuales. Son unos caballeros. Unos caballeros.

Repetía el término como pensando en la contraposición norteamericana, en el corriente tipo yanqui de hombre de empresa, audaz, sin escrúpulos, mercader hasta la médula, que llega a nuestra América con impaciencias de ladrón, ofreciendo comisiones, prometiendo lo malo como bueno, corrompiendo y engañando. Irigoyen se refocilaba:

—Los ingleses son unos caballeros.

Si esta fué su preocupación en el orden internacional y el económico, en el político interno quiso hacer alarde de pulcritud legal. Ya no era el período de liquidación del feudalismo conservador. Había llegado el momento

de mostrarse generoso con el adversario, cediendo a un prejuicio hidalgo del medioevo, o a una jactanciosa confianza en la propia fuerza. A un opositor suyo, enjuiciado y encarcelado, lo puso en libertad por simple palabra de honor. A otro, verdadero líder del conservadorismo, le concedió el indulto cuando estaba al borde de la cárcel. Los radicales de provincias, cuando perdían una elección, acudían al "viejo" para pedirle apoyo, o solicitarle una intervención como en la época de las ingerencias fulminantes. Pero Irigoyen la negaba.

Un gobernador de Santiago del Estero, fiel y antiguo radical, procedió por su cuenta a clausurar la Legislatura Provincial opositora. Irigoyen intervino fulmíneo e iracundo, y en telegrama publicado en todos los diarios, ordenó a su correligionario que devolviese sus fueros a la institución vulnerada. Trabajaba para la Historia.

En tanto, otro proceso más serio iniciaba su curso sobre la redondez del mundo. El auge y la prosperidad del mecanismo industrial cedían el paso a la etapa del decrecimiento y la parálisis. En Estados Unidos se produjo el crack de 1929. La Argentina habría de sentir más tarde sus efectos. Las naciones compradoras restringieron sus adquisiciones. Los países-campos de Indoamérica dejaron de ser las despensas cuyos productos vendíanse sin esfuerzo. La crisis comenzó a diseñarse en el panorama argentino. Bajaron los renglones de ingresos, disminuyeron las actividades co-

merciales: comenzó la desocupación y la miseria.

Irigoyen, empírico, obsedido por sus tareas mesiánicas, por su generoso afán de ayudar a todos los amigos, no advertía que el terreno económico estaba quebrándose bajo sus pies. Disminuyeron los recursos y tomó fondos del Banco de la Nación, con la naturalidad optimista de quien supone que la crisis es temporal y fugaz. Ninguna medida técnica, ningún reajuste o reorganización. Quizás si no llegó a advertir la gravedad de la crisis, envuelto como se hallaba en el incienso de su propia gloria. Siguió gobernando a la buena de Dios, a la criolla, repartiendo puestos y prebendas, procurando tapar con adjetivos y grandilocuentes frases las rajaduras de un sistema que principiaba peligrosamente a vacilar.

La oposición, ni corta ni perezosa, aprovechó la oportunidad. La mala cosecha por una parte, y el alza de las tarifas norteamericanas por otra, determinaron una difícil situación a los agropecuarios. A fines de julio de 1930, las estadísticas oficiales acusaban una disminución del 57%, la lana al 60%, los cueros al 85%. Y esto acontecía en un país cuyos ejes económicos son los productos agropecuarios de exportación.

Como en un juego de bochas, derribada la primera,. la más importante, las demás fueron cayendo por efecto. Hubo rebaja de salarios y sueldos, desocupación agraria, disminución del tráfico en ferrocarriles y puertos.

descenso en los depósitos bancarios, y aumento en los préstamos. Decrecieron las construcciones y las actividades mercantiles, bajó el peso, encareció la vida. Y el Estado, repentinamente, vió empobrecidos sus recursos.

Era el despertar en medio de un sueño de optimismo panglossiano. Faltaba en el pueblo argentino conciencia de la universalidad del fenómeno. Carecía Irigoyen de visión científica y de métodos técnicos para salvar la crisis. Sobró mala fe en los conservadores que aprovechando la ingenuidad popular, giraron en su contra la responsabilidad del visible malestar reinante. Las empresas petroleras también movilizaron su influjo. La competencia de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, al bajar el precio de la nafta a 20 céntavos, ya había producido una disminución de 57 millones de pesos en sus ganancias. A esto se sumaba el peligro de la expropiación y el monopolio. La prensa cobró antiguos agravios y devolvió en dicterios y críticas apasionadas el menosprecio que Irigoyen tuvo por sus campañas. Los políticos entrevieron las hendiduras de un éxito electoralista. Todo fué anudándose, sumando sus influencias, moviendo los oleajes de la agitación.

Irigoyen continuaba en el limbo, imperturbable, confiado en el pueblo, seguro de su inspiración divina, mientras los conspiradores andaban rondando el sillón presidencial. Los puso en libertad la víspera misma del 6 de septiembre, obligando una renuncia de su Ministro de Guerra. Estaba abstraído, alejado de

las miserias terrenales. Era el místico.

Y la revolución estalló en medio de la algazara ciudadana, que no acertaba a descifrar su verdadera significación reaccionaria. Los conservadores habían dirigido la campaña de desprestigio y piloteaban las directivas del movimiento. Era la revancha de los fusiles contra los sufragios. Era la victoria de las minorías sobre las mayorías. El triunfo del campo sobre la ciudad. El retorno de los apellidos santuarios y el desplazamiento de la "invasora plebe". Irigoyen, enfermo, viejo, achacoso, tuvo la dignidad de no haber hecho derramar una gota de sangre en su defensa. Sacrificado, silencioso, sin duda miope de las consecuencias nefastas del golpe reaccionario, jactóse con gozo cristiano de haber evitado una lucha fratricida.

Y vino el calvario. Octogenario con exceso. Y a esa edad, después de haber ocupado todos los cargos públicos, de ser dos veces Presidente de la República, le cupo ser prisionero en la isla solitaria de Martín García. Apenas un pariente le acompañaba en la prisión hosca e incómoda. Pero el Peludo no se quejaba. Llevó con altivez su martirio. Otros presidentes indoamericanos, lucgo de ser derrocados podían dirigirse al exterior. Hipólito Irigoyen tenía que ser el prisionero, la víctima, el rehén del triunfo. Y mientras las multitudes que le habían aclamado, ciegas aún, desbordaban su alegría alzando sus voces en la Plaza de Mayo, creyendo que desaparecía la causa de la crisis económica,

el viejo solitario y vencido paseaba su fortaleza de acero en la estrechez de la celda. Meses y meses pasó en la prisión. Hasta que pudo volver a la ciudad con libertad relativa.

Las turbas que asaltaron su casa, en los turbulentos días de la caída, hallaron un domicilio franciscano. La cama presidencial era un colegial catre de acero. Ropas y muebles tenían el sello de la austeridad. No había lujo, pompa, riqueza. El recuerdo de aquel espectáculo imponía respeto por el Hombre. Por eso, cuando retornó, hubo un movimiento de simpatía. Las causas universales de la crisis económica ya eran comprendidas, y el gobernante radical aparecía eximido de una responsabilidad directa y única. El Peludo comprendió la situación y volvió a esperar como el 90, como el 900 como el 16, como el 22.

Pero ahora habría de esperar la muerte. Lo conocí por aquella época en trato personal. Una casita modesta y estrecha, desproporcionada a su volumen político.

Entro a su comedor, moblaje sucinto, aspecto criollo, y el anciano se yergue ceremonioso y atento. Son dos metros anchos y recios de estatura rematados por una cabeza sólida, broncínea, enérgica. Traje antiguo, fines de siglo, abotonado desde la cintura hasta el cuello por un ejército circunspecto de ojales y botones. En la cara romboide los ojos penetrantes y oscuros brillan bajo el arco de las cejas. La boca contraída y breve

SEOANE

do paseaba su forta-
chez de la celda. Me-
prisión. Hasta que
d con libertad rela-

aron su casa, en los
ída, hallaron un do-
ama presidencial era
o. Ropas y muebles
eridad. No había lu-
ecuerdo de aquel es-
to por el Hombre.
hubo un movimien-
as universales de la
comprendidas, y el
cía eximido de una
única. El Peludo
y volvió a esperar
como el 16, como

esperar la muerte.
oca en trato perso-
y estrecha, despro-
político.
moblaje sucinto,
no se yergue cere-
os metros anchos y
los por una cabeza
Traje antiguo, fi-
sde la cintura has-
to circunspecto de
cara romboide los
s brillan bajo el
contraída y breve

de hombre acostumbrado a ordenar. La nariz salta fuera de la órbita fisonómica, enganchando el porvenir. Hay un ruido de piedra en su voz cascada y rota:

—Claro, el Perú, como todo Sud América, tenía que caer en manos de los audaces norteamericanos. Yo me opuse siempre a esta conquista y defendí la riqueza argentina, especialmente el petróleo. Pero los enemigos están destruyendo mi obra. ¡Esos malvados! Y no advierten que resulta perjudicada la nación.

Interrumpo irreverente:

—¿Desde cuándo inició esa defensa, doctor?

—¿Desde cuándo? ¡Desde que comenzó mi actuación pública! Yo recibo, señor y amigo, inspiraciones eternas. Mi mente trabaja por los porvenires y procura las realizaciones de fines superiores y selectivos.

Prosigue un lenguaje imposible de retener, cabalístico, confuso. ¿Es el místico o el político huidizo? Difícil afirmarlo. Sólo puede asegurarse que ese anciano, vacilante ya, debilitado, enfermo, tenía empero el sello imponderable de la grandeza moral, de la austeridad cívica, y que sus palabras arrastraban un eco de sinceridad transparente.

No duró mucho tiempo más. Meses después la enfermedad lograba abatir al viejo roble. Supo morir con la fortaleza de los griegos. Sus últimas palabras fueron nobles consejos políticos. No olvidó ni un instante su rol y jerarquía. Tuvo conciencia clara de

que penetraba a la historia de la argentinidad.

* * *

Irigoyen fué inferior a su obra: un agricultor a quien abrumó el inesperado y óptimo resultado de la propia cosecha.

A su muerte, no existe ningún heredero capaz de asumir el valor total de la herencia. Y es que el radicalismo ha ganado en volumen, profundidad y beligerancia. Continúa desplazado del poder como consecuencia de la revolución de Uriburu y por la abstención electoral declarada en vista de la falta de garantías sufragáneas. No se le niega su carácter de mayoría nacional, pero carece de cargos representativos en el orden nacional, municipal y provincial. El partido vive en la semilegalidad: a veces deportan a sus dirigentes a Ushuaia o Martín García, o clausuran locales y periódicos, o los dejan en absoluta libertad. Este martirio y este alejamiento han purificado al radicalismo y le han valido la incorporación de muchos elementos nuevos.

Pero el aumento de volumen ha coincidido con la ausencia de los jefes absolutos y la agudización de los problemas económicos y políticos. El radicalismo tiene ahora características de un movimiento de masas insurgentes. Voz de pueblo con caracteres plurales. No posee la conciencia arquitecturada y orgánica del socialismo, pero en cambio lo

supera en plasticidad política y vinculaciones nacionales, ya que el radicalismo se extiende desde uno a otro confín del país.

Por otra parte inciden sobre él los factores determinantes de la hora universal. El mundo se sacude en una lucha sangrienta entre los que defienden o restauran el sistema capitalista y los que aspiran a contruír un nuevo Estado. Todos los partidos populares se agitan con la influencia de esa pugna. Hay un descontento belicoso contra el pasado, una incógnita e intraducible ansia de superación, un afán angustiado de salvar la etapa dolorosa del presente y ganar un más allá de paz y de justicia. El radicalismo, poroso, permeable, martirizado, empobrecido, recoge en sus filas esta inquietud creadora. En las mases neoradicales hay evidente ansia de renuevo. Quizás no la comprendan ni participen de ella los viejos caudillos de parroquia, los burócratas radicales gastados en los puestos de 1916 y 1928, los políticos profesionales. Pero el empuje viene de la masa, de los intelectuales avizores. Y yo la veo crecer dentro de ella con imprecisos movimientos musculares que terminarán por dominar el pesado cuerpo radical.

Hay además una circunstancia que obliga a mirar con simpatía al radicalismo desplazado del poder. Y es su posición definida frente al conservadorismo insolente y jerárquico. La Unión Cívica Radical ha criticado sin reservas, acerbamente, todos los excesos dictatoriales de quienes aspiran a es-

trangular la democracia. Es el parachoques de la reacción. Su posible victoria sería la salvación del sentido eterno y ecuménico de la argentinidad. Frente a la derecha, dispuesta a negar al pueblo sus derechos mayoritarios, sólo la Unión Cívica Radical, el viejo partido insurrecto de Alem e Irigoyen, volviendo a la tradición del Parque, tiene la fuerza suficiente para dar la batalla al conservadorismo.

Ojalá que la influencia benéfica de las experiencias vividas, el hálito plural que viene de las masas radicales, y el contacto estrecho con otros partidos que, como el socialista, son de menos volumen pero de mayor conciencia, permitan que el neoradicalismo en las horas venideras prosiga el avance de la historia. Aunque es posible que, como síntesis de elementos heterogéneos, sufra algunas desintegraciones a lo largo del camino. (1).

---

(1) Los datos principales de la biografía de Irigoyen han sido tomados de un artículo de José F. Barreiro, publicado en "Crítica", al día siguiente de la muerte del caudillo argentino.

achoques
sería la
ico de la
dispues-
ayorita-
el viejo
en, vol-
iene la
al con-

de las
que vie-
o estre-
cialista,
or con-
smo en
de la
síntе-
algunas
. (1).

Irigoyen
biro, pu-
uerte del

PERFIL DEL GENERAL URIBURU

El general Uriburu carecía de popularidad antes de la caída de Irigoyen. En las filas del ejército, su nombre se pronunciaba con simple respeto profesional. Ignorábanse sus secretas vocaciones políticas. La opinión pública no tenía idea concreta acerca de su persona aunque le había visto muchas veces presidir espectaculares desfiles de fiestas patrias en las cercanas épocas de los regímenes radicales.

Sin embargo, el 6 de septiembre por la tarde, producida y triunfante la revolución, el nombre del general Uriburu llenó los contornos de la Argentina. Fué ejecutor y símbolo de un movimiento de dimensiones gigantescas. Fué ápice, vértice, producto. Miles de palmas aplaudieron su paso por las calles de Buenos Aires cuando marchaba al frente de la orgullosa columna revolucionaria.

Irigoyen, con paciencia de escultor, trabajó durante lustros burilando cuidadosamente su perfil político. En la penumbra del gabinete — "la cueva" — y en el silencio de sus salas de recibo — "las amansadoras" — iba agregando, uno a uno, dígitamente, los

hombres que formaron la vasta masa radical. Su popularidad, extraordinaria en las horas de senectud, era, pues, resultado de un largo trabajo de captación y de una dilatada actividad política.

Pero toda la ilusión sembrada por el radicalismo durante cincuenta años se transformó en desencanto cuando los rigores de las crisis económicas empezaron a hacer sentir sus efectos. Aquella enorme pirámide se desmoronó con estruendo para rehacerse al frente en otra mole igual: el antiirigoyenismo. El propio Irigoyen, con sus yerros y descuidos, con su impericia frente al problema económico, fué verdadero constructor del antiirigoyenismo. Tal masa opositora balbuceó su disgusto desde 1929. Poco a poco logró condensarse, ampliar su volumen, rebalsar su indignación en la prensa y los mitines callejeros. Pero necesitaba un factor aglutinante, coordinador, un eje personal.

De hecho le correspondió este papel al general Uriburu. El había reunido los conciliábulos revolucionarios y comprometido la intervención de jefes y oficiales. El madrugó el 6 de septiembre para sublevar las tropas de la guarnición de Campo de Mayo. El, con su uniforme de gran gala, tal como vistiera los días de revistas elegantes, se puso a la cabeza del ejército rebelde, en indefenso y espléndido automóvil. El dirigió el avance de las fuerzas — infantería, caballería, artillería, aviación, tanques de guerra — hacia la Casa de Gobierno donde una burocracia hui-

la vasta masa radical.
rdinaria en las horas
resultado de un largo
de una dilatada acti-

sembrada por el ra-
uenta años se trans-
uando los rigores de
pezaron a hacer sen-
enorme pirámide se
lo para rehacerse al
al: el antiirigoyenis-
con sus yerros y des-
frente al problema
constructor del an-
sa opositora balbu-
29. Poco a poco lo-
su volumen, rebal-
prensa y los mítines
ba un factor aglu-
eje personal.
ondió este papel al
a reunido los conci-
y comprometido la
iciales. El madrugó
sublevar las tropas
o de Mayo. El, con
, tal como vistiera
ntes, se puso a la
le, en indefenso y
dirigió el avance de
caballería, artille-
guerra — hacia la
na burocracia hui-

diza y pávida se desperdigó velozmente apenas escuchó el pesado traqueteo de los cañones.

El antiirigoyenismo, extendido esos días hasta límites de innegable volumen, fué, pues, la base de la popularidad de Uriburu, quien, de este modo, en un par de horas de desfile, copó para sí todo el trabajo de cincuenta años de telaraña peludista. Era reverso, antípoda. Dialécticamente: el sucesor.

Irigoyen, además, obligado a un trabajo de aglutinación lenta, tuvo que ir borrando los bordes de su personalidad. Diluyó sus ideas individuales para facilitar el ensamblamiento de miles de voluntades heterogéneas. Una serie sucesiva de compromisos terminó por impedir la formación de su programa concreto. En los últimos años, a excepción de tres o cuatro principios generales de significación trascendente, el radicalismo irigoyenista se había convertido en un mito indefinible e inorgánico.

Uriburu, en cambio, llegó a la dirección política por sorpresa, conservando intacto el íntegro de su personalidad. No había podado su ideología al tratar con hombres o partidos. Tuvo una formación militar y autoritaria. Estaba acostumbrado a mandar y ser obedecido. Creía en las virtudes de la disciplina de cuartel y consideraba posible extender tales normas a la vida social de conjunto. Se había educado en un hogar conservador y aristocrático. Un ascendiente suyo ocupó la Presidencia de la República en los

distantes días de los regímenes nepóticos. Seguramente en los salones de la vieja casona contempló los retratos al óleo de abuelos perilustres que un día fueron ofendidos y expulsados por el irreverente plebiscito radical. Tenía, pues, una personalidad antidemocrática, producto natural de su cuna y su carrera. Esta personalidad llegaba inédita a la Presidencia de la República y con los atributos fecundos de la virginidad. No en balde Uriburu carecía, hasta entonces, de compromisos con capituleros de parroquia o lazos con partidos exigentes.

Nadie hizo cuestión respecto a sus vocaciones recónditas. La marea antiirigoyenista no reparaba en calidades accesorias. Sólo exigía la oposición al Peludo. Lo demás no interesaba. Uriburu reveló la condición esencial, probó su mano fuerte, y los antiirigoyenistas lo siguieron con entusiasmo y decisión.

Pero Uriburu era antiirigoyenista de un modo personal, de un modo uriburista. Su clase social, su medio ambiente, sus vinculaciones, presionaban imperativamente sobre él. Conforme a las leyes de materialismo histórico, resultaba lógico que Uriburu no se resignara a ser pináculo inexpresivo de un movimiento heterogéneo y variopinto. Significaba, dentro del complejo mecanismo de la historia, el preciso mandato de una clase.

Uriburu no escondió su personalidad sino en las penumbrosas escenas previas de la conspiración. Apenas llegó a la Presidencia de la República, mostró la figura enérgica y

SEOANE

regímenes nepóticos.
ones de la vieja ca-
tos al óleo de abuelos
fueron ofendidos y
rente plebiscito radi-
rsonalidad antidemo-
l de su cuna y su
ad llegaba inédita a
ública y con los atri-
ginidad. No en balde
ntonces, de compro-
parroquia o lazos con

respecto a sus voca-
rea antiirigoyenista
accesorias. Sólo exi-
lo. Lo demás no in-
la condición esen-
e, y los antiirigoye-
tusiasmo y decisión.
iirigoyenista de un
nodo uriburista. Su
nbiente, sus vincu-
peratívamente sobre
de materialismo his-
que Uriburu no se
inexpresivo de un
variopinto. Signi-
jo mecanismo de la
o de una clase.
su personalidad si-
cenas previas de la
ó a la Presidencia
a figura enérgica y

resuelta de un general que sabe lo que quiere y que no tarda mucho para escoger camino. No tuvo en cuenta que la atmósfera revolucionaria, el clima popular que hizo pacífico y triunfante el avance del ejército insurrecto, era producto de un esfuerzo colectivo de políticos conservadores, antipersonalistas, socialistas independientes, los estudiantes, la prensa, la opinión.

Demasiadas fuerzas concurrentes. El general Uriburu era usufructuario del golpe de fuerza y no se sintió obligado hacia quienes le acompañaron entre vítores hasta las puertas de la Casa Rosada. El no había expresado programa. El cortejo era, pues, espontáneo, inductivo y sumiso. Gentilmente les agradeció concurso y compañía, y en los umbrales estrechó las manos de los acompañantes. Y entró solo. Iba a realizar su pensamiento personal.

Por eso formó gabinete con figuras conspicuas de la aristocracia directamente vinculadas a él y con elementos del Partido Conservador. Su Junta de Gobierno no representaba todos los matices políticos que habían concurrido, en una u otra forma, a empujar la revolución. No era Junta de Gobierno antiirigoyenista. Era Junta de Gobierno uriburista, o una Junta de Gobierno conservadora indirectamente.

El fenómeno no debió sorprender a nadie que hubiese analizado profundamente las causas motrices de la insurrección. Empero los políticos antiirigoyenistas expresaron su

desencanto y su queja. Se consideraron defraudados. Un incidente vino, sin embargo, a abrir un rayo a la esperanza. Desde los balcones de la Casa Rosada, la misma tarde del 6 de septiembre, cierto militar allegado al general victorioso pronunció una frase espectacular:

—"Ahora los soldados envainamos nuestros sables para que hablen las urnas".

Pero Uriburu no tenía interés en ceder el uso de la palabra. Juzgábase a sí mismo uno de esos "salvadores de la patria" de quienes Alberdi dice que, en su empeño por salvar al país, obligan a éste a procurar librarse del salvador.

—No, no; nada de elecciones inmediatas.

El general conocía las imperfecciones de la democracia. Pensaba que el voto secreto y sin restricciones era un ilusionismo explotado por los demagogos. La conciencia política no puede ser adquirida por los analfabetos, indiferentes, incultos. Por tanto, la masa no tenía para qué votar, o sus votos no debían pesar lo mismo que los de ciudadanos dilectos, de conciencia clarividente, como los que rodeaban al general Uriburu, por ejemplo.

Sin embargo, la frase prometedora, arrojada como una bombarda desde la Casa de Gobierno, estalló despertando las esperanzas miopes de los políticos antiirigoyenistas. Se pronosticaron herederos de la revolución. Jubilosamente aproximáronse los unos a los otros y formaron una Federación Nacional

Democrática. Confeccionaron un programa dentro de cuyos vastos silencios e inhibiciones cabían con comodidad los rebacios conservadores de la provincia de Buenos Aires y los elocuentes doctores del socialismo independiente. Con generosidad excesiva distribuyéronse las senadurías y diputaciones vacantes por la total disolución del Parlamento. Esperaban impacientes la herencia del movimiento de Septiembre. Para su desgracia, el Gobierno se consideraba fuerte y con buena salud. Y aunque ocultaba sus propósitos de larga permanencia en el poder, daba firmes señales de no estar dispuesto a testar y mucho menos a morir.

Poco a poco el general Uriburu fué descubriendo intenciones. A fin de calmar la algazara de tantos políticos que reclamaban sus méritos en la jornada rebelde, ofreció un banquete a "los únicos civiles" que tomaron parte en la acción. Y fueron excluídos con elocuente severidad los más prominentes agitadores del cotarro electoral. Como esto no resultara suficiente, el general, con mano férrea, usando sin escrúpulos de la prisión y el destierro, fué limpiando el escenario de protagonistas incómodos. Meses después de su arribo al poder ya no cabían dudas respecto a su trayectoria y propósitos. Entonces consideró oportuno revelar nuevas ideas.

Era el Salvador de la Argentina. El temible educador nacional. Y en célebre manifiesto expuso sus pumtos de vista sobre la

necesidad de reformar la Constitución y la ley electoral de Sáenz Peña.

Ha quedado explicada ya la influencia decisiva que el voto secreto ejerció en el desarrollo político argentino. Garantizada la pureza del sufragio y el derecho ciudadano a ejercitarlo sin fraudes ni coacciones, la enorme mayoría había aplastado en un comicio histórico las pretensiones de perpetuidad de los regímenes oligárquicos.

El general Uriburu conocía las consecuencias. Sonreía bajo sus bigotes asiáticos, mostrando su felina dentadura. ¡Elecciones! ¿Para qué? Irigoyen subió al poder con ochocientos mil votos puros, oleados y sacramentados. Había, pues, ochocientos mil argentinos capaces de equivocarse e irrogar un daño a la Nación. No era posible permitirles de inmediato, en un período de tan aguda depresión económica, un nuevo daño irreparable. Lo lógico, lo natural, lo didáctico, consistía en que un grupo minoritario de hombres enérgicos y honrados, con el general Uriburu a la cabeza, prescindiendo de formulismos democráticos, empuñara el timón de la nave del Estado y la dirigiera hacia puertos de seguridad, como describía la retórica de los tiempos regiminosos. Cierto que toda navegación forzada provoca protestas, disgustos, sublevaciones. Pero ahí están las cárceles y los recursos del destierro y los confinamientos para sofocarlas. No puede perderse tiempo en discusiones bizantinas cuando un salvador está pronto a empezar su obra. El general

NE

onstitución y la

va la influencia
jerció en el des-
rantizada la pu-
cho ciudadano a
cciones, la enor-
en un comicio
perpetuidad de

nocía las conse-
igotes asiáticos,
ra. ¿Elecciones?
poder con ocho-
los y sacramen-
s mil argentinos
gar un daño a
rmitirles de in-
n aguda depre-
ño irreparable.
áctico, consistía
e hombres enér-
eral Uriburu a
ormulismos de-
de la nave del
uertos de segu-
ca de los tiem-
oda navegación
sgustos, suble-
rceles y los re-
inamientos pa-
erse tiempo en
n salvador es-
. El general

Uriburu descubrió una frase medular que convirtió en su lema: "Hechos y no palabras".

—Pues, a los hechos, ciudadanos argentinos, enfermos de democracia, de legalismo, de derechos del hombre y de revolución francesa.

Puesta la puntería sobre la ley electoral, el Gobierno anunció, sin embargo, para calmar excitaciones, que su modificación sólo podría efectuarla el Congreso Nacional. El general estaba seguro de alcanzar mayoría dentro del mismo. Contaba con su propia fuerza y a esa altura de su gobierno ya se la había acoderado el Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires.

Esta organización política, luego del triunfo radical de 1916, se reorganizó en el llano, se dió formas democráticas y populistas, incorporó la teoría de avanzados principios de gobierno. En una palabra: se vistió con el disfraz de un partido de pueblo

Con esta vestimenta anduvo en compañía de antipersonalistas y socialistas independientes los días aquellos en que podía libremente contraerse irritaciones laríngeas chillando contra la tiranía de Irigoyen. Siguió a su lado en las horas post-revolucionarias. Formó en la Federación Democrática Nacional. Pero el general Uriburu, ahora, no trepidaba en afirmar que no necesitaba ningún partido político y que era imposible formar una fuerza independiente y nueva, el Partido Nacional, que los suplantara a todos. El Partido Conservador comprendió su riesgo de conjunto

y, con presteza de Frégoli, desembarazóse rápidamente del dominó democrático y declaró, lisa y enfáticamente, que se ponía a las órdenes del decidido general. Hubo quienes reprocharon tal actitud. Empero, el reproche sólo corresponde a la propia miopía. Las agrupaciones políticas representan las directivas de su contenido social, que podrá disimularse o contrabandearse con declaraciones líricas, pero anularse, jamás. Por ende, cuando los conservadores de Buenos Aires adoptaron su posición normal sólo cabía sorprenderse de que hubiesen estado tanto tiempo en posición anormal.

El general Uriburu recibió el nuevo aporte. Pensó que el descrédito irigoyenista, el peso del gobierno y la cooperación de las derechas le permitirían en momento oportuno imponer los candidatos que votaran las reformas a la Constitución y a la ley electoral. Sin embargo, era prudente verificar un ensayo de la temperatura política nacional. Durante los meses transcurridos habían aumentado las críticas al gobierno. El pueblo vió que ministros y altos funcionarios pertenecían en su totalidad a círculos aristocráticos o nepóticos. Era el retorno de los gobernantes por derecho divino, decididos a utilizar medios de fuerza, con irritante lesión de las garantías constitucionales a que estaba acostumbrada la firme democracia argentina.

Se había dicho que la revolución del 6 de septiembre fué la sublevación de la Guía Palma—severo y excluyente catálogo de la aris-

tocracia porteña—contra la Guía Kraft, abultado índice de las clases medias, comerciales y mercantiles, criollas o cosmopolitas. Los paisanos caudillos de la parroquia habían sido sustituídos, en las alfombras de la Casa Rosada, por circunspectos y pulidos señores del Jockey Club o del Círculo de Armas. Resonaban apellidos compuestos y suntuarios.

Sin embargo, la Argentina fabril, tumultuosa, futbolística, ya no era la pacífica estancia de los Anchorena o los Alzaga. Fué engrandecida y fecundada por el esfuerzo sudoroso de los Pérez, los Campapietra y los Kaymowsky. Todos estos argentinos de primera sangre, que advinieron al poder junto a los criollos, detrás de las banderas demagógicas del irigoyenismo, y que componen la mayoría nacional, no querían resignarse a ser eliminados para siempre, como estaba ocurriendo. Dentro de una aristocracia podían ser excluídos. Pero dentro de una democracia no podían ser derrotados. Todas las agrupaciones, políticas o no, que significaban algo dentro de la vida popular argentina, esperaban una convocatoria de comicios para derrocar al general con un desfile de papeletas que hiciera olvidar el desfile de la tarde septembrina.

Ya el gobierno había perfilado con claridad los puntos de su acción: métodos enérgicos, ley marcial, estado de sitio permanente y anuncio de reformas básicas. Además, el general, sin salvedades de mayor volumen, insinuó varias veces la aplicabilidad en la Argen-

tina de un régimen corporativo similar al de Mussolini.

Es cierto que la influencia petrolera había perdido su primera batalla. Las grandes empresas extranjeras, adversarias de Irigoyen, quien propuso la nacionalización del producto, vieron con alborozo la presencia en el gobierno de altos funcionarios vinculados a las mismas, y pocas semanas después de la revolución alzaron el precio de venta de la nafta. Era la confesión lisa y llana de un objetivo de expoliación. Empero, la Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, entidad del gobierno, se negó a imitar a aquéllas. Sus grifos, repartidos en todo el país, se alzaron vendiendo la barata nafta fiscal. Las empresas extranjeras no colocaban un litro. ¿Qué hacer? Una terrible y sorda guerra de influencias estalló alrededor del general. Los funcionarios vinculados a las empresas pugnaban por obligar a la Dirección de Yacimientos a que imitara la actitud de aquélla. El general se mantuvo inflexible.

—La Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales goza de autonomía. Si no quiere subir los precios, yo no puedo obligarla. No soy instrumento de nadie.

Agestado y severo, finalizó así la situación. Pero no obstante estas actitudes, la ciudadanía estaba alerta. El general no podía lanzarse a una aventura eleccionaria en todo el país. Era conveniente efectuar una consulta previa. Y decidió entonces convocar a elecciones en la provincia de Buenos Aires. Casi

EOANE

orativo similar al de

encia petrolera ha-
atalla. Las grandes
versarias de Irigo-
onalización del pro-
la presencia en el
arios vinculados a
nas después de la
io de venta de la
y llana de un ob-
pero, la Dirección
os Fiscales, enti-
imitar a aquéllas.
odo el país, se ato-
nafta fiscal. Las
olocaban un litro.
sorda guerra de
del general. Los
as empresas pug-
irección de Yaci-
ctitud de aquélla.
exible.
nientos Petrolífe-
mía. Si no quiere
edo obligarla. No

lizó así la situa-
actitudes, la ciu-
general no podía
ccionaria en todo
uar una consulta
convocar a elec-
enos Aires. Casi

un año de gobierno dictatorial era suficiente entrenamiento.

El radicalismo argentino, maltratado con dureza por el derrumbe irigoyenista y su sucesión de escándalos, pareció que no tomaría parte en la elección, facilitando el triunfo del general. Desorganizado, perseguido, con sus líderes en la cárcel o el destierro, desopinado, creyóse que fugaría de la escena política. Pero los excesos del régimen de Uriburu le habían devuelto su vida. Una venganza dialéctica, paradojal y sardónica, determinaba que el usufructuario del anti-irigoyenismo, por sus propios errores, se convirtiese en el Cristo del Lázaro radical. Irigoyen dió oportunidad para que surgiera Uriburu. Y Uriburu ahora hacía resucitar el radicalismo. Purificado por los castigos, tonificado por la lucha, acompañado por las mejores esperanzas populares, el radicalismo se reconstruyó en el llano, recuperó sus prestigios y su fe. La vieja disidencia que lo mantenía escondido, a causa del personalismo de Irigoyen, pudo curarse en la víspera electoral, y las dos grandes ramas, personalista y anti-personalista, sellaron una alianza fraterna frente al adversario. Cierto es que no tuvieron tiempo ni libertad para la propaganda, pero hubo en cambio una cuestión de dignidad cívica. La Argentina que no usa gomina ni guantes patito, la que trabaja y suda, la hija de los criollos e inmigrantes que fecundan el suelo, necesitaba el triunfo radical como una manera de devolver al país su fisonomía liberal y democrática. Y en una

elección que, a pesar del fraude y la presión, alcanzó caracteres sensacionales, los radicales obtuvieron una formidable victoria en las ánforas.

¿Qué debió hacer el general? No hacía mucho tiempo que en un discurso pronunciado en Córdoba, cuando le pidieron que permaneciera en el poder "cinco o diez años por lo menos", él repuso con tono dramático:

—El general Uriburu tiene una sola palabra para decir que sí, y una sola palabra para decir que no. He prometido entregar el gobierno a los que resulten elegidos por el pueblo y he de cumplir mi palabra. Me he metido, por decirlo así, dentro de la Constitución y las leyes y he de respetarlas aunque esa Constitución y esas leyes me parezcan malas en algunos aspectos.

Y agregó, pronunciando frases para el porvenir:

—Entre pasar a la Historia como un imbécil y ser un tirano, prefiero lo segundo. Pero no he de ser el tirano de mi patria.

Había confiado en triunfar sin necesidad de apelar a métodos tiránicos. Pero aquellos comicios, aquella revolución de papeletas radicales, lo obligaban a aparecer como un imbécil, por cumplir su palabra de no ser tirano. Los radicales habían vencido, y, constitucionalmente, correspondía entregarles el poder provincial. Pero esto significaba negar la revolución misma, anular sus resultados cuando aún no habían transcurrido doce meses de ejercicio en el poder. ¿Era posible aceptar es-

e imperativo de la ley? ¿Cómo ignorar que el sufragio se presta a tales errores popula-
res!

No, no. El general Uriburu no olvidaba su rol de salvador de la patria. Era el piloto experto que conducía a la Nación. Era el pedagogo, el maestro de palmeta, que sometió a sus discípulos a una prueba de capacidad. Los alumnos, con gran asombro del maestro optimista, revelaban no haber adquirido conciencia de sus obligaciones, no haberse percatado de las ventajas y beneficios que dimanan de un gobierno providencial. ¡Devolver el gobierno a los radicales! ¡Aceptar el fallo de las urnas en cuyo vientre dormía la voluntad de los ignaros e inconscientes? No, el general Uriburu no podía ser un imbécil. Prefería ser tirano. Y por eso, siempre sonriendo bajo sus largos bigotes asiáticos, movió cadenciosamente la cabeza:

—Estos argentinos que no comprenden...

Y anuló los comicios.

Aquella medida irritó a la opinión. Las protestas a media voz elevaron su tono. Estallaron las primeras revueltas y se descubrieron numerosas conspiraciones. Ya resultaba demasiada paternidad esta de oponerse a los fallos populares. El radicalismo brotaba su indignación en todos los rincones del país. El general Uriburu no se amilanó con los truenos de la tempestad. Era soldado de una pieza, terco en sus propósitos. Y limitóse entonces a aplicar el máximum al aparato de represión. Multiplicáronse las prisiones, los con-

finamientos, los destierros. Se clausuraron los diarios. Sólo el temor podía mantener al régimen. Para colmo, otro espectáculo brindaba América. El general Altamirano, triunfante ejecutor de la revolución boliviana, entregaba el poder a Salamanca. El comandante Jiménez, victorioso en otro alzamiento, daba el mando al civil peruano Samanez Ocampo. Sólo Argentina brindaba un espectáculo diferente, un ilegítimo afán de perpetuación. Algo habría que hacer.

Por otra parte, el general tenía un enemigo dentro de sí mismo. Estaba enfermo, y por su salud quebrantada, tarde o temprano sería indispensable un sustituto provisorio en el gobierno. El general reíase de las algazaras populares, de las violaciones constitucionales, de los temores a la represión. General de tomo y lomo, valiente ante el peligro, firme en sus ideas, testarudo para defenderlas e imponerlas a cualquier costo, ya que las profesaba con sinceridad, no podía traicionarse a sí mismo ni a su clase.

Pero la enfermedad constituía un escollo insalvable. Fué necesario entonces convocar a elecciones presidenciales. Posiblemente la noche de la convocatoria vivió el alma de Uriburu su instante más dramático. Era un jefe que a mitad de una batalla estaba obligado a entregar el comando de sus fuerzas. Y lo que es peor: con riesgo de que las recibiera el adversario. Caviló profundamente.

¿Y si los radicales ganaban los comicios? ¿Cómo eliminarlos? Un político a la antigua,

os. Se clausuraron los
odía mantener al ré-
espectáculo brindaba
ltamirano, triunfante
boliviana, entregaba
El comandante Jimé-
alzamiento, daba el
amanez Ocampo. Só-
n espectáculo dife-
le perpetuación. Al-

eral tenía un enemi-
taba enfermo, y por
le o temprano sería
o provisorio en el
se de las algazaras
es constitucionales.
ón. General de to-
l peligro, firme en
defenderlas e im-
ya que las profe-
día traicionarse a

stituía un escollo
tonces convocar a
siblemente la no-
el alma de Uri-
tico. Era un jefe
staba obligado a
uerzas. Y lo que
s recibiera el ad-
nte.
an los comicios?
co a la antigua,

incubado en ambiente de comités y rabulismos, habría aconsejado un fraude perfecto, catedrático, universitario. Pero el general Uriburu, francote, usaba métodos más expeditivos. ¿A qué andar con tantos remilgos? Representaba un movimiento revolucionario que derribó al radicalismo en nombre de principios de superación política. Tenía la fuerza en sus manos. A qué recordarle el artículo no sé cuantos de la Constitución y las disposiciones no sé cuáles de la ley electoral? ¿Acaso iba a enredarse en los alambrados legalistas él, el general Uriburu, acostumbrado a abrirse paso con su espada? El general Uriburu no padecía debilidades democráticas. Era un salvador del país. Y así como los médicos para salvar la vida de un enfermo a veces tienen que realizar intervenciones quirúrgicas, el general Uriburu, por su propia cuenta, resolvería amputar al radicalismo del funcionamiento democrático argentino. Con un decreto era posible arreglar la situación.

Obsedido por la idea fija respecto a su rol providencial, y acatando sus concepciones sobre el principio de la autoridad suprema del general Uriburu, estableció—exactamente como un profesor de colegio—que todas las candidaturas presidenciales debían merecer el visto bueno del gobierno. En la Presidencia estaba un ojo avizor, experimentado, dispuesto a impedir que el pueblo sufriera una equivocación.

El radicalismo, como está dicho, logró un resonante triunfo en los comicios de la pro-

vincia de Buenos Aires. El despojo de la legítima victoria aumentó, más aún, su caudal de simpatías ciudadanas. Vestido con los méritos del martirio, el radicalismo podía triunfar. Marcelo de Alvear, ex Presidente, y Adolfo Güemes, descendiente del célebre gaucho que en las épocas de la independencia escribió hazañas heroicas en la frontera norte, constituyeron el binomio presidencial. El general Uriburu, con bonhomía habitual, atacando de frente y de raíz, no vaciló un segundo. Y mediante una resolución suprema prohibió que esos ciudadanos postularan sus candidaturas. El peligro radical estaba conjurado.

Triunfó el general Agustín Justo, y Uriburu le entregó el mando en términos solemnes. A las pocas horas embarcóse rumbo a Europa.

Seguramente en la borda del vapor, cuando los ecos de los legionarios se confundieron con los rumores del río, cuando las distantes luces de la costa pestañeaban para suicidarse en la oscuridad, el general quedó pensativo. Allí quedaba la Argentina, allí las legiones armadas, el cuadro de jefes y oficiales amigos, allí los enemigos que perpetuarían el recuerdo de sus hazañas y allí un hombre que, al cambiar sistemas, haría extrañar el rigorismo del ausente. Y sonrió nuevamente, con su sonrisa habitual. Rió más tarde, satisfecho, seguro. Pero una puntada de dolor lo trajo a la realidad. Y aquella noche y las subsiguientes el salvador de la Argentina empezó

a padecer la vía crucis de su enfermedad.

Pocos meses después, Uriburu murió en una clínica de París. Aquí podría concluir su perfil si el hombre no hubiese tenido contornos que prolongan su figura más allá de la muerte. Y es que falleció el general, pero no ha perecido el impulso beligerante que supo despertar y conducir.

El general Uriburu fué el ariete que utilizó la reacción oligárquica, montada a la moderna, desembarazada de escrúpulos democráticos o cristianos. Trajo a la lucha argentina, habitualmente culta y pacífica, un nuevo concepto de devoción a la fuerza en sustitución del derecho abstracto e indefenso. Sobre sus botas charoladas quebró la vidriería del legalismo. No se detuvo ante las reglamentaciones de la Constitución y las leyes. Devolvió coraje, sentido de unidad, corrección en los propósitos, presteza en los medios, a todos los conservadores a quienes había corrido la papelería de la elección radical. Mostró los peligros de una crisis como la presente y la necesidad de defenderse en cualquier forma. Abrió los ojos de su clase y la enseñó a cerrar el puño y a descargarlo sin temores. En este sentido, realizó su misión. Fué un adversario desembozado, listo a jugarse a cara o cruz.

Como una secuela, sin otro jefe de la envergadura del muerto, sin su sinceridad agresiva, han quedado en la vida política argentina los belicosos saldos del uriburismo político. Hay ahora un vasto sector de las derechas que no se intimida con la argumentación

del derecho de las mayorías, que cree que el problema del poder es un simple y escueto problema de fuerza y que se apresta a resolverlo dentro de esta concepción. Los conservadores se han unificado alrededor de su memoria. Legiones armadas, escuadras públicas y secretas prolongan su recuerdo y lo muestran como el paradigma de una actividad de guerra. Son la cauda fragmentada de un cometa. Con Uriburu se fué un despótico personero del rancio conservadorismo argentino. Pero han quedado ejemplos y herederos. Dos fracciones agitan su memoria: los políticos derechistas que añoran la elocuencia de su sable; y los jóvenes nacionalistas que en el camino del argentinismo, suscitado por el general, van encontrando otras verdades modernas de mayor alcance político y social.

s, que cree que el
simple y escueto
e apresta a resol-
ción. Los conser-
ededor de su me-
scuadras públicas
uerdo y lo mues-
una actividad de
entada de un co-
n despótico per-
rismo argentino.
y herederos. Dos
ia: los políticos
uencia de su sa-
as que en el ca-
iado por el ge-
s verdades mo-
ítico y social.

EL ANIMADOR DEL SOCIALISMO: JUAN B. JUSTO.

Los sureos de Hipólito Irigoyen y el general Uriburu obligan a rastrear anécdotas, peripecias políticas, vericuetos de compromisos, compadrazgos y toda la variopinta suma de hechos que jalona la existencia de los caudillos indoamericanos de corte antiguo. La huella de Juan B. Justo posee características abstractas e intelectuales. Su obra, aunque no desdeñó las construcciones objetivas y mensurables, alcanza mayor fecundidad histórica y resonancia espiritual en el plano superior de las ideas puras.

A Irigoyen y Uriburu hay que perseguirlos a través de la historia política para tener una idea integral de su acción. A Juan B. Justo debe estudiársele en sus libros, folletos, periódicos y revistas. Los dos primeros son típicamente sudamericanos, instintivos, cazurros, sin doctrina orgánica, que caminaron tanteando circunstancias, con ese arte extraordinario de los políticos criollos para cruzar tembladerales en zig-zag, por el único sendero que permite eludir el hundimiento. Justo es un estadista superior, gobernado por la inteligencia y el estudio, realista, con una norma

coherente de acción, que quiso caminar siempre derecho hacia su meta de justicia social, pisando a veces terrenos eriazos o caminos abruptos, y cuyas sandalias fueron traspasadas, con frecuencia, por las espinas de la incomprensión y la injusticia. El caudillo radical y el jefe conservador son exponentes de sus medios respectivos. Uriburu es personero de la oligarquía señorial. Irigoyen, de la burguesía urbana y las clases medias, hartas de nepotismo y deseosas de intervención en la vida pública. Juan B. Justo representa, sobre todo en su primera etapa de acción, los intereses de las clases trabajadoras de la capital federal. Irigoyen y Uriburu proceden, en política, como esos niños que juegan a la gallina ciega: con los ojos vendados y guiándose por los gritos orientadores. Juan B. Justo opera con una visión universal del problema político, una medida aproximada de la ubicación histórica y geográfica de las luchas argentinas con respecto a la humanidad y al mundo, y obedece a un programa concreto y definido. Los dos primeros son resultado de la improvisación. Entre ellos sólo existe diferencia de grado. Juan B. Justo es el producto del estudio y la experiencia. Marca una definitiva diferencia de especie en los rangos políticos argentinos.

No creo que la historia política de un país pueda columbrarse desde el perfil movible y relativo de tres someras biografías de hombres más o menos significantes. Estos bocetos no tienen, pues, una pedante intención defini-

toria. Son instantáneas de un proceso colectivo, algo así como las fotografías de un viaje, que al recoger tres rostros delineados y diferentes entre sí permiten intuir las características raciales de cada tipo. El devenir político argentino, que cambia constantemente, que se renueva y transforma, no puede encerrarse dentro de las páginas de un libro. El lector vigilante e inductivo sólo puede aspirar a adquirir puntos de orientación que le permitirán juzgar por sí mismo las alternativas de un desarrollo en perpetuo crecimiento y mutación.

Juan B. Justo, como Irigoyen, como Uriburu, no toma los relieves de un conductor por circunstancias de azar o por simple gravitación de sus raras condiciones personales. El individuo, por vigoroso que sea su temperamento, no alcanza repercusión colectiva si no traduce o polariza las necesidades plurales que los hechos determinan. Juan B. Justo no inventó el socialismo argentino, como alguna vez pretendiera imputárselo Max Nordau. Allá por los fines del siglo XIX, el proceso económico había determinado las condiciones materiales que, más tarde o más temprano, harían aparecer al personero de un movimiento de carácter reivindicatorio. Buenos Aires, gran metrópoli, ámbito en cuyos límites surge y se desenvuelve la figura de Justo, había cambiado rápidamente su aspecto urbano.

En los suburbios de la ciudad, las chimeneas alzaron las estacas humeantes de un período histórico nuevo. El silencio perfumado

que empujó el viento de las pampas, aparece poblado con el jadeo de las maquinarias. Tranvías eléctricos, estridentes y chirriantes, han reemplazado el trote isócrono de los caballitos urbanos, y miles de motoristas y guardas engrosan las filas obreras. Los trenes silban su canción de progreso en toda la república, y maquinistas, guardavías, cambistas, van agregándose a las filas del proletariado. En la capital federal se construyen frigoríficos gigantescos donde se faena, conserva y expide la carne que habrán de engullir las mandíbulas voraces de todos los carnívoros del mundo, y allí trabajan miles y miles de hombres y mujeres. El puerto, recostado sobre el río a lo largo de varios kilómetros, abre sus brazos diariamente a centenas de barcos, cuyas grúas pendulan sin descanso durante todas las horas del día. Trabajos municipales, obras públicas, fábricas nuevas, la producción en gran escala, absorben crecientes grupos de trabajadores que, como es lógico, tienen conflictos continuos con el capital.

Además, este proletariado no se forma sólo por los habitantes del suelo a quienes sorprendiera en azorado atraso, la ley del perfeccionamiento técnico, y quedaran uncidos al complicado mecanismo de una superior etapa capitalista sin tener conciencia histórica de la transición. Muchos obreros que reclutaron las primeras fábricas y los que, en gran parte, nutrieron después a las posteriores, no estaban rezagados respecto a la comprensión de sus derechos y deberes en el proceso industrial

que les daba trabajo. Venidos de Italia, de España, de Rusia, de los rincones de la vieja Europa, trajeron en sus valijas la inquietud social correspondiente al siglo. Las prédicas de Bakounine y Kropotkine y la agudización teórica de Carlos Marx y Federico Engels, ya habían hecho brotar en sus países de origen los cimientos de la acción socialista y gremial sobre cuyo ejemplo ellos habrían de moverse en este territorio transatlántico.

La lucha entre capital y trabajo tiene características universales. Pero las alternativas de la adquisición de conciencia proletaria y el planteamiento de los reclamos y huelgas precisan un período de tiempo que en la Argentina fué acortado por la presencia de dirigentes obreros con experiencia europea. Por eso, los primeros núcleos socialistas fueron integrados casi por completo por trabajadores extranjeros, ajenos al medio según sus partidas de nacimiento, conforme a sus idiomas o dialectos, pero incorporados al país por la ley evidente de su innegable concurso al trabajo social.

Quizás si en aquellas primeras reuniones, de carácter clandestino y esotérico, de agudas discusiones en idisch, italiano y alemán, hubo algo de subconsciente evocación nostálgica. Algo de trasplante europeo en la realidad indoamericana. Es exacto, desde luego, que leyes universales determinaron la iniciación del socialismo, y éste hubo de enfocar reales e inmediatos conflictos entre capital y trabajo. Pero también es cierto que la composición

única de los núcleos iniciales del partido, el carácter infalible que sus dirigentes otorgaron a las recetas social-demócratas vigentes en Europa, y la falta de vigor analítico, de audacia doctrinaria y comprensión creadora de los problemas típicos del continente, provocaron limitaciones tales, que el socialismo argentino, durante muchos años, operó en el ámbito circunscrito de un movimiento de corte europeo limitado a resolver, por la legislación y la democracia, el problema industrial de los trabajadores de la urbe. Desde sus inicios careció del ímpetu nacional que le habría permitido irradiarse por los campos donde el feudalismo plantea un visible problema campesino. Y aunque Justo, con pertinacia, reclamó de continuo el valor indicador del "ahora y aquí", este freno tuvo por objeto cortar el vuelo a las excesivas inspiraciones ecuménicas de los bordes izquierdistas del partido, pero no llegó a plasmar una identificación total de la acción colectiva con la integridad de los problemas argentinos. El internacionalismo rígido de los iniciadores, su desconexión con el resto del país, la ortodoxia congelada de la teoría, habrían de limitar la resonancia socialista a la capital federal, donde obtuvo voluminosas y frecuentes victorias electorales, pero las cuales jamás lograron traspasar los bordes de la misma hasta alcanzar contornos de un movimiento nacional que pudiera realizar efectiva obra de construcción desde el poder.

Cuando el proceso aun no abandonaba sus formas embrionarias y permanecía balbucien-

del partido, el
ntes otorgaron
s vigentes en
lítico, de auda-
readora de los
te, provocaron
lismo argenti-
ó en el ámbito
de corte eu-
a legislación y
dustrial de los
sus inicios ca-
le habría per-
s donde el feu-
blema campe-
rtinacia, recla-
lor del "ahora
bjeto cortar el
ones ecuméni-
el partido. pe-
tificación total
egridad de los
rnacionalismo
onexión con el
ngelada de la
sonancia socia-
obtuvo volu-
electorales. pe-
spasar los bor-
ontornos de un
realizar efec-
el poder.
bandonaba sus
cía balbucien-

te y vacilante, surgió la recia figura ideológica de un conductor: Juan B. Justo.

Justo no era obrero. Pertenecía a una familia modesta, libre de fortuna, exenta de prejuicios heráldicos, que flotaba entre las márgenes de la burguesía acomodada y el claroscuro de la pobreza común. El vástago pudo navegar sin zozobras económicas desde el colegio primario hasta las aulas universitarias, donde alcanzó, con sobresalientes notas, el preciado título de doctor en medicina. Abrió su consultorio y quizás sus progenitores suspiraron satisfechos al ver que el enigma doméstico se despejaba favorablemente para el profesional recién egresado.

El abigarramiento de los enfermos que convirtieron en lucrativo el oficio del galeno pudo señalar el camino de una vulgar prosperidad material. Pero Justo había nacido bajo el signo de un impulso superior. No podía encerrar su actividad dentro de los marcos de un rutinarismo técnico. No era, no podía ni quería ser un mediquillo afanoso de ganancias, que labrara fortuna a tanto por receta médica. Espíritu de proa, creador y estudioso, viajó por Europa y allí perfeccionó sus conocimientos. Bien pronto abandonó los trillados caminos de su profesión, e impuso, en el plano científico, el vigoroso sello de su personalidad.

Revolucionó los métodos asépticos. Fué el primero que en la Argentina empleó sistemáticamente gasas, torundas de algodón e instrumentos hervidos para las operaciones, y

seda esterilizada para las ligaduras y suturas. Años más tarde, según apunta Alfredo Palacios, Justo, el primer adversario de la medicina de manos sucias, habría de ser también el primer detractor de la política de uñas largas.

Audaz, movido por un humano afán de multiplicar los recursos de la ciencia frente a los peligros de las enfermedades, exploró con valentía las regiones orgánicas que hasta entonces habían considerado intocables los cirujanos argentinos. Un gran médico rioplatense, el doctor Avelino Gutiérrez, señala que fué el iniciador de las operaciones de hernia inguinal libre, que abrieron el camino a las intervenciones del vientre "venciendo el miedo que se tenía al sagrado e intangible peritoneo". No habría de detenerse allí el profesional acucioso. Y en medio del pavor de sus colegas, que aún retrocedían frente a las innovaciones quirúrgicas, penetró, escoplo y martillo en mano, a explorar el cerebro del hombre, el Sancta Sanctorum del organismo, adonde sólo podía operarse movido por una solvente probidad científica y el soplo de una genial inspiración.

Veintitrés años apenas, y ya era profesor suplente de la Facultad de Medicina, y sin duda el cirujano "más científico, más innovador, sin novelerías y mejor informado de los progresos de la ciencia médica universal", añade Gutiérrez, en su ensayo biográfico.

Pero el espíritu de Justo no podía paralizar su búsqueda de las causas generadoras del

mal en las fronteras de
to se percató de que m
nían su origen en las
los enfermos y que la
llegaba tarde, o se est
sería indefensa de los
ticiero, no podía perm
esta solicitación vital, y
dación lógica en un h
pasa de los campos mé
les. En una bella pági
to relata su conversió

"Cierto día, al reti
pital, después de pas
lisiados, inválidos, vict
seria, de la fatiga y de
guntarme si aquella h
dad y la muerte, que a
zas, era lo mejor, lo m
mano que podía yo ha

Cuántas veces no
do, de algún mendigo
servándole la vida cua
como víctima del trab
a semejante situación

¿Valía la pena emp
var esas vidas, conde
miento?

Gradualmente, co
cho de estéril e indigna
lla atención al cuidado
siados y doloridos, tra
lico y unilateral.

¿No era más hum

SEOANE

s ligaduras y suturas.
-punta Alfredo Pala-
lversario de la medi-
ría de ser también el
política de uñas lar-

an humano afán de
e la ciencia frente a
edades, exploró con
nicas que hasta en-
intocables los ciru-
médico ríoplaten-
rrez, señala que fué
es de hernia ingui-
amino a las inter-
endo el miedo que
ble peritoneo". No
rofesional acucio-
e sus colegas, que
innovaciones qui-
martillo en ma-
hombre. el Sanc-
adonde sólo po-
solvente probi-
una genial inspi-

mal en las fronteras de la medicina. Bien pronto se percató de que muchas enfermedades tenían su origen en las condiciones sociales de los enfermos y que la terapéutica salvadora llegaba tarde, o se estrellaba frente a la miseria indefensa de los pacientes. Lúcido, justiciero, no podía permanecer remiso frente a esta solicitación vital, y entonces, con una gradación lógica en un hombre de tipo superior, pasa de los campos médicos a los planos sociales. En una bella página autobiográfica, Justo relata su conversión.

"Cierto día, al retirarme fatigado del hospital, después de pasar media jornada entre lisiados, inválidos, víctimas variadas de la miseria, de la fatiga y del alcohol, empecé a preguntarme si aquella lucha entre la enfermedad y la muerte, que absorbía todas mis fuerzas, era lo mejor, lo más inteligentemente humano que podía yo hacer...

Cuántas veces no aparté la vista, dolorido, de algún mendigo abyecto, a quien conservándole la vida cuando llegó a mis manos como víctima del trabajo, yo había conducido a semejante situación.

¿Valía la pena empeñarse tanto en conservar esas vidas, condenadas a un fatal sufrimiento?

Gradualmente, comprendí que había mucho de estéril e indigno en mi tarea; que aquella atención al cuidado de cuerpos humanos lisiados y doloridos, tenía, en sí, algo de fanático y unilateral.

¿No era más humano ocuparse de evitar,

en lo posible, tantos sufrimientos y tanta degradación? ¿Y cómo conseguirlo, sin iluminar la mente del pueblo todo; sin instruirla en la verdad científica; sin educarlo para más altas formas de convivencia social?

Y, la obra humana, la obra necesaria, se me presentó entonces como una infinita siembra de ideas; como un inmenso germinar de costumbres, que acabaran con el dolor estéril y dieran a cada ser humano una vida digna de ser vivida. Y pronto encontré en el movimiento obrero el ambiente propicio a mis nuevas y más fervientes aspiraciones".

Justo comienza la lucha social. En 1896 fué fundador del Partido Socialista, y su cerebro director. El redactó la "Declaración de Principios", pieza de agudo valor teórico, que subsiste hasta ahora sin retoques, como la síntesis del pensamiento crítico del socialismo argentino. Justo elaboró también el Estatuto del Partido, y fué, desde 1896 hasta 1925, el autor virtual de todas las plataformas electorales y los programas de su agrupación.

Bien pronto desaparecieron sus admiradores científicos y el vacío de sus colegas lo obligó a abandonar la capital federal y refugiarse en el oscuro pueblecillo de Junín. De ahí lo llamaron, poco después, para ocupar una cátedra en la Facultad de Medicina, pero la conducta vertical del profesor socialista le creó un grave conflicto, y fué expulsado del aula, junto con el doctor Repetto, en virtud de un proceso que es un pedestal para la víctima y una página de acusación para los jueces.

Naturalmente, estas incidencias no conmovieron la recia vocación del luchador. Justo había llegado al socialismo por la doble vía del sentimiento y la razón. No era un exitista político, ni un novelero ideológico. Posiblemente fué el cerebro que tuvo mejores calidades telescópicas y pudo así medir la vastedad de la obra que empezaba. Su socialismo no era una erupción sentimental, avasalladora y confusa, que se vertiera en lágrimas o en imprecaciones. Tampoco simple aptitud fantasista que permite edificar sociedades perfectas en las ocho horas de una siesta alucinante. Tenía un desdén indisimulado por las especulaciones puras, producto sin duda de la influencia positivista que le tocó vivir y de la escuela materialista en que bebió muchos de sus conocimientos. Por ende Justo proclamaba de continuo su sentido práctico de la acción constructiva.

El extraordinario progreso de las ciencias aplicadas, dice Américo Ghioldi, el empleo del vapor a la técnica industrial y la serie maravillosa de inventos de inmensa trascendencia práctica, que llenan el siglo XIX, orientan la inteligencia hacia lo concreto y empírico.

Justo no quiso, por ello, vivir dentro de la jaula marxista. Ni mucho menos mariposeando sobre nubes metafísicas. Con la solemne serenidad de un mastín que busca su presa, habría de declarar alguna vez: "No creo conducente y genuina sino la teoría que surge espontánea de los hechos". Y añadiría: "Somos el Partido del ideal, pero no de la ilusión".

En su conferencia "El Socialismo", del año 1902, sostuvo esta posición audaz: "Venciendo una íntima resistencia vengo a explicar el socialismo en su sentido general. Me han atraído siempre los problemas concretos, y en nueve años de acción y propaganda he mostrado cómo entiendo la doctrina que profeso, dando el último lugar a la doctrina, no dejándola aparecer sino aplicada".

Más adelante agrega: "El problema del socialismo no es, en este país, ni en otro alguno, poner en práctica un plan concluído y perfecto de organización social, como lo suponen todavía los que quisieran ver siempre al pueblo perdido en las nubes del ensueño, como quieren creerlo también los perezosos y cobardes para la acción histórica necesaria, que se plantean la cuestión en falso, a fin de disculpar su incapacidad para resolverla. Aquí y en todas partes, el socialismo es este problema infinitamente más vulgar y por eso mismo más trascendental: dadas las condiciones actuales del país, ¿cuáles son las formas de actividad individual y colectiva que han de elevar el desarrollo físico e intelectual de la masa de la población?".

Burlándose de los "habladores chillones" que mencionaba Lenin, Justo dice en el mismo trabajo: "Muchos propagandistas parecen creer inoportuno todo lo que no sea hablar de la revolución social, entendida como el juicio final y el milenio. Si la política más avanzada fuera la que promete más, nada tan avanzado como las delicias que todas las religiones pre

sagian a sus fieles. Si fuera la que pretende ser más adelante en el tiempo, lo más avanzado sería proyectar instituciones o costumbres para cuando el planeta esté más frío".

La experiencia, dice Justo en su monumental "Teoría y Práctica de la Historia", es la fuente del conocimiento y la crítica inexorable de la ilusión.

Esta actitud esencialmente práctica, logró doblar la cresta subversiva e internacionalizante de las primeras épocas y retener al partido sobre las vías de la Segunda Internacional, cuando la marejada comunista pretendía arrasarlo todo después de la revolución rusa. Justo logró insuflar a todas las organizaciones socialistas de este sentido concreto de la acción inmediata. Así se obtuvieron muchas conquistas de orden legislativo, una justicia de jornadas y jornales escrita sobre el papel, un importante desarrollo cooperativo y una visible elevación cultural de las masas populares atraídas a los comités del socialismo. Pero, a su vez, este practicismo casi miope, que nunca llegó a poner en peligro real las sólidas posiciones del feudalismo argentino, impidió que el Partido ganase ímpetu revolucionario, afán creador, seria postulación al poder político como medio decisivo para realizar una obra de dimensiones integrales.

Y es que Juan B. Justo, aparentemente realista, o quizás por serlo con exceso, no alcanzó a divisar la realidad nacional o indoamericana, circunscribiendo su miraje y su acción al perímetro denso de la capital federal, ciu-

dad europea incrustada en un continente agrario. Su realismo, en Buenos Aires, con evidentes certificaciones de éxito electoral, era, pues, falta de realismo apenas se cruzaba los linderos provinciales.

Y de Justo debió esperarse una obra profunda en este sentido. Si en el continente hubiese hundido su mirada, tan libre de prejuicios ortodoxos y tan grávida de sugerencias, habría llegado a conclusiones valiosas sobre el imperialismo, la raza indígena, la situación de las clases medias y otros problemas de la realidad indoamericana que las generaciones subsiguientes tuvieron que afrontar con la dramaticidad de una sorpresa.

Así permiten afirmarlo las extraordinarias condiciones mentales del maestro socialista, reveladas en su enfocamiento sobre puntos teóricos de valor universal.

En la difundida cuestión del método, Justo adopta una posición subversiva y valerosa. "¿Qué es la dialéctica? — dice —. ¿Algún nuevo método de investigación y de trabajo, como los logaritmos o el cultivo de los microbios, o la estadística?". Luego opone sardónicamente el conocido principio de Hegel, de la negación de la negación, por el principio similar de la afirmación de la afirmación. "Marx y Engels, dice en "Realismo ingenuo", ufanos de su grandiosa concepción, se la han atribuído a la dialéctica, pero esta es una ilusión con ejemplos". Y cita el caso de Pitágoras cuando, transportado de felicidad por haber descubierto el teorema de que el cuadra-

do de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos, prometió a los dioses una hecatombe.

Sin negar importancia a las conclusiones de Marx y al valor de la doctrina socialista, se esfuerza en desmentir la pretendida vinculación con Hegel, filósofo monárquico, subvencionado por el gobierno alemán. Hegel, prosigue Justo, ha servido para que tirios y troyanos se amamanten de sus teorías, y así resulta el propio filósofo como la encarnación auténtica del principio de la conciliación de los opuestos.

El afán de Justo a este respecto consiste en negar la validez e importancia del método hegeliano en la lucha socialista, para reemplazarlo con el método científico de la observación y la experiencia.

Tampoco Justo se llamó marxista. "Marx fué demasiado genial, dice, para suponerse jefe de una escuela que se llamase marxista. Necesitamos saber más que Marx en materia histórica, pues desde la publicación del manifiesto comunista han ocurrido en el mundo de la economía y de la política acontecimientos trascendentales que Marx no pudo prever ni tener, por lo tanto, en cuenta para sus admirables concepciones doctrinarias".

Tomó del marxismo la parte viva y perdurable, su saldo eterno, y lo conjugó con otras ideas ratificadas por la experiencia, o con las propias que descubrió en largas horas de reflexión o vigilia. Tradujo "El Capital", pero no adoptó la actitud del babieca que cree

haber descubierto el evangelio infalible. Se preocupó, dice Américo Ghioldi, en incorporar al cuerpo de la teoría los materiales recogidos por la experiencia, a fin de perfeccionarla, y a este efecto, desarrolló con vigor el fundamento biológico de la Historia, en el admirable libro ya citado. "Precisó el factor técnico como uno de los determinantes del progreso; definió magistralmente el concepto de economía; reconoció la intervención en la Historia de otros factores que los exclusivamente de orden material y rechazó el artificio dialéctico de Marx, del trabajo-mercancía, y puso de relieve el factor moral e histórico del trabajo humano; demostró la participación de los capitalistas en el trabajo económico y evidenció el valor de la técnica superior", enumera Ghioldi en un libro sobre Justo.

El fundador del socialismo argentino fué el primero en reivindicar el valor de los técnicos en el trabajo social y su rol en la sociedad socialista. Enfrentábase así al inveterado prejuicio ortodoxo contra los intelectuales, los profesionales, el pequeño-burgués burocrático. Apoyándose en las experiencias y alternativas de la revolución rusa, que primero los persiguió y luego hubo de llamarlos, dice Justo que "el movimiento obrero revolucionario necesita y debe incorporar al personal técnico superior y el personal administrativo a la clase trabajadora, tanto en el campo gremial como en el político".

Es también suyo, dice Frugoni, dentro del ideario socialista mundial, el punto de vista de

que debe abolirse la propiedad de la tierra como fuente de renta privada, antes que su apropiación individual como medio de producción, porque la nacionalización del suelo será en todas partes y por largo tiempo, incompatible con las formas efectivas del trabajo agrícola, mientras que esa reforma, proyectada por Henri George, es inmediata y gradualmente realizable por el impuesto.

Posiblemente, su mayor aporte doctrinario consiste en la interpretación tácita que dió a la concepción marxista de la historia. Carlos Marx, en el sobrio y difundido concepto en que menciona el "modo de producción" como el agente determinante de la superestructura política, social, artística y hasta religiosa de los pueblos, no fija en qué consiste. ¿Qué es, con exactitud, el modo de producción? Juan B. Justo, en una profunda y avizorante exégesis, responde: "la técnica". La técnica que, a su juicio, hermana al hombre y la naturaleza, es síntesis de espíritu y materia, como diría un dialéctico ortodoxo...

Su afán especulativo se orienta por el camino de los problemas teóricos que debate el socialismo europeo, en tanto que su afán realista, circunscrito al "ahora y aquí", encierra su acción al avance del partido en la capital argentina.

Pero, ¿qué habrá detrás de esas montañas de los Andes, en los vagos países que un día recorrieron los mostachos borgoñeses de Alfredo Palacios, el insurrecto Quijote del Partido y de donde vienen con tanta frecuencia

emplumados y oratorios socialistas tropicales? Justo no se interesó con fervor por la realidad de un continente homogéneo, con cien millones de hombres, cuyos intereses políticos y económicos se interfieren, y donde podría construirse una palanca de transformación mundial. En Indoamérica inculta, salvaje, mestiza, feudalista, todo está por empezar. Y el orgullo abre camino a una frase históricamente falsa y políticamente suicida:

—En Sudamérica no hay más socialismo que el argentino.

Personalmente, le estoy agradecido a Juan B. Justo. Allá por 1925, le presenté los originales de un libro mío sobre Bolivia, y con amable gentileza dispuso que se publicaran como folletín de "La Vanguardia". Pero, en la conversación mecánica, en el leve gesto irónico que flotaba debajo de la barbilla mefistofélica, advertí un desinterés visible por el problema indoamericano.

Así se explica su rigorismo doctrinario en la cuestión librecambista. Mientras no se produzca un simultáneo cambio universal, y siga imperando la realidad, esa querida realidad inmediata, el librecambismo significaría la ruina del naciente industrialismo indoamericano, con su consiguiente desocupación, empobrecimiento de masas licenciadas del trabajo, y el sometimiento económico a la gran industria imperialista, de la que seríamos forzosos tributarios.

No es la ocasión de profundizar el punto, pero él nos acerca al problema fundamental:

al imperialismo, que Justo, como casi todos los teóricos formados en el ambiente socialista del siglo XIX, no llegó a comprender en su decisiva intervención, ni a observar en su total funcionamiento. El imperialismo, yanqui o inglés, que conquista mercados de consumo para sus capitales o sus productos manufacturados, que impone la monocultura en la explotación de las materias primas que le interesan, que fija precios, que absorbe y corrompe, que derriba gobiernos y presiona políticos y que, en el quinto lustro del siglo XX, llega a la violenta expresión de belicosidad armada.

Esta realidad, visible y potente, obligaba a un replanteamiento de los puntos de vista teóricos al determinar una refracción de las leyes universales del desenvolvimiento económico. Haya de la Torre habría de observar más tarde que, mientras en el Viejo Mundo las etapas económicas se suceden, excluyéndose las unas a las otras, en Indoamérica ocurre un fenómeno típico: el imperialismo, última etapa capitalista, es la primera en este continente no desarrollado económicamente. Tal característica obliga a un examen veraz de la realidad en que se actúa, una táctica adecuada y un programa diferente. Juan B. Justo no vió o no tuvo tiempo de ver el problema.

Pero sería injusto afirmar que estas restricciones aminoran la figura grandiosa del maestro. Bastaría su brillante obra parlamentaria, en la cual renovó la técnica oratoria, el contenido de la acción y la eficiencia crítica, revelando grandes condiciones de estudioso,

valiente e incorruptible, para consagrar la trascendencia permanente de su ejemplo.

Justo ocupa un lugar prominente en la historia de las ideas argentinas, y es, sin duda, el motor más activo del socialismo ríoplatense. Teórico y práctico, ideólogo y realizador, parece cumplir en la vida el bello símil del poeta Frugoni que Américo Ghioldi recuerda en su libro de exégesis:

Aseméjate al molino
que roza el suelo y el cielo,
y que mientras vuela y canta,
va moliendo, va moliendo.

FIN

SECC. CHILENA